DE UNA AFRENTA DOS VENGANZAS.

DRAMA EN CINCO ACTOS.

Escrito en francés por MM. Anicet y Lockroi.

(Arreglado á la escena española por D. C. G. Doncel y D. L. Valladares.)

REPRESENTADO POR PRIMERA VEZ EN MADRID EN EL TEATRO DE LA CRUZ EL DIA 26 DE MAYO DE 1843.

ACTORES.

CARLOS VI, Rey de Francia.	Don J. Aznar.
EL CONDE DE ARMAGNAC.	Don F. Lumbreras.
VILLIERS.	Don J. Fernandez.
DUPUY.	Don J. Carceller.
EL CABALLERO DE BOURDON	Don A. Alverá.
GRAVILLE.	Don R. Azopardo.
LECREC.	Don P. Lopez.
PERINET.	Don J. Lombia.
JUAN, Estudiante de Cluny.	Don J. Torroba.
BOURDICHON.	Don V. Caltañador.
JÁCOME.	Don J. Perez.
GERVASIO.	Don J. Garcia.
SOLDADO 1.º	Don B. Flores.
SOLDADO 2.º	Don A. Lamadrid.
ESTUDIANTE 2.º	Don M. Reyes.
EL VERDUGO. / UN HERALDO.	Don L. Rada.
ISABEL DE BAVIERA.	Doña B. Lamadrid.
MARIA.	Doña C. Flores.
MARTA.	Doña C. Lapuerta.
UNA MUJER.	Doña M. Duran.

Caballeros, Soldados, Estudiantes, Hombres y Mujeres del Pueblo.

El primer acto pasa en el castillo de Vincennes; el segundo en París; el tercero en los alrededores de Cluny; el cuarto y quinto en París. 1418.

ACTO PRIMERO.

CUADRO PRIMERO.

Vista esterior del castillo de Vincennes. A la izquierda un ancho foso que rodea la muralla; á la derecha una hilera de árboles indicando el camino de París. Es de noche.

ESCENA I.

PERINET *y* BOURDON.

Bourdon sale el primero embozado en la capa y mirando atrás con recelo. Se detiene en medio del teatro al mismo tiempo que aparece Perinet por el fondo embozado tambien en la capa. Al ver Bourdon que Perinet se queda parado, se sienta en una

piedra al lado del foso. Perinet atraviesa el teatro, y se pone enfrente de él recostado en un árbol. Se observan algunos momentos.

BOURDON.

Eh! buen hombre, podeis tomar otro camino si os place, ó ir adelante.

PERINET.

Y por qué razon?

BOURDON.

Porque no es mi alcurnia tan elevada que merezca llevar detrás un escudero. Si se me antojára hacer que me siguiera un paje, escojeria uno de mejor traza que la vuestra.

PERINET.

Pardiez, Señor mio, que no sé cuál de los dos inspiraria mas confianza á la ronda del Preboste: mas sabed, si no os enoja, que no tomaré otro camino, porque este es el único que puede conducirme adonde voy. Seguid el vuestro; nadie se opone á ello.

BOURDON.

Mi camino acaba aqui, y no tengo que añadir mas razones para decirte que ahora menos que nunca necesito un compañero.

PERINET.

Otro tanto digo yo.

BOURDON.

Basta de palabras. Tengo que estar en Paris antes que amanezca, y apenas nos queda una hora de noche: por lo tanto no me acomoda pasarla aqui contigo. Vete ó dime tu nombre.

PERINET.

Cuando me hayais dicho el vuestro.

BOURDON.

Mis razones tengo para ocultarlo.

PERINET.

Y yo las mias.

BOURDON, *levantándose y dirijiéndose á él.*

Cuando se me habla con ese tono es necesario sostenerlo hasta lo último. En guardia, pues, Señor mio; la noche no es tan oscura que impida hacer uso de la espada.

PERINET, *abalanzándose á él y deteniéndole el brazo.*

Poco á poco! no he venido á pegarme de cintarazos: tengo tasado el tiempo. *(reconociéndole)* Qué veo? el caballero Bourdon!

BOURDON, *sacando la daga.*

Me has conocido!

PERINET.

Guardad la daga, Caballero: bien pronto os arrepentiriais de haberos servido de ella.

BOURDON.

Quién eres?

PERINET.

Mi nombre es Perinet Lecrec, soy hijo del rejidor Lecrec, alcaide de la puerta de San German.

BOURDON.

Eres el armero que vives en el puentecillo?

PERINET.

El mismo, á quien habeis comprado la armadura que sacasteis en el último torneo, cuando nuestra hermosa Reina Isabel de Baviera, esposa del infeliz Cárlos VI, se dignó coronaros.

BOURDON.

Y qué vienes á buscar en el castillo de Vincennes? Sabes que á estas horas nadie tiene derecho á penetrar en él, aunque sea Baron, Conde ó hermano del Rey? Ignoras que todos los puentes están levantados y cerradas todas las puertas?

PERINET.

Ni mas ni menos que vos, y sin embargo venis...

BOURDON.

Por dónde esperas introducirte?

PERINET.

Por el sitio en que estabais sentado: es muy fácil por alli bajar al foso: luego por la muralla de enfrente, donde no hay ningun centinela, y que es fácil de escalar. Ambos nos hemos parado al fin del camino.

BOURDON.

Imprudente! no sabes lo que arriesgas en espiar mis acciones: da gracias á que conozco tu honradez, Perinet, que si no... vive Dios! tiempo há que estarias á mis pies cosido á puñaladas, como espía del Condestable de Armagnac.

PERINET.

Qué decís! yo espía del Condestable! ah! qué mal me conoceis! ya veo que es necesario esplicarme para que desecheis enteramente tan injusta sospecha. Voy á confiaros el proyecto que me conduce á este sitio, y podeis estar seguro que ni aun mi padre lo conoce.

BOURDON.

Esplícate.

PERINET.

El Condestable me ha separado de la mujer que amo.

BOURDON.

Cómo ha sido?

PERINET.

Es una pobre niña, inocente, sin conocimiento ninguno de los amaños del mundo. María habia quedado huérfana al cuidado de una amiga de su madre, la mujer de Bourdichon, que ya conocereis...

BOURDON.

Sí, sí, adelante.

PERINET.

Y que vive frente por frente de la casa del Conde de Armagnac. Este la vió un dia asomada á la ventana, llena de candor y de hermosura, y prendóse de ella como yo me habia prendado hace años, cuando sus padres me concedieron su mano. Al entraryo aquella noche como tenia por costumbre á ver á mi prometida me encontré á Bourdichon triste y pensativo, y á su mujer llorando. Se habia presentado un hombre de parte del Conde de Armagnac, y los habia ofrecido colocar á María en casa de una gran Señora que le aseguraba un brillante porvenir. Supe entonces que se habian dejado arrebatar á María, ó alucinados con las promesas, ó tal vez sobrecojidos con las amenanazas. Una infamia, no es cierto? Un mes entero pasé sin saber qué habia sido de ella, buscándola por todas partes, hasta que una tarde que entraba en París desesperado, me encontré á una vecina que venia del castillo de Vincennes, donde habia ido á vender varias alhajas á la Reina. Se acercó á mí con mucha reserva, y sin decirme una palabra, me entregó un anillo; ya podeis pensar cuál seria mi sorpresa al ver que este anillo era el que yo le habia dado á María, y el que llevaba siempre consigo. Conocí al momento el lugar en que se encontraba: pero de nada me sirvió, porque veinte dias he entrado en el castillo sin hallarla una vez. Al fin ayer entré maquinalmente en la capilla donde estaba orando la Reina, y una de las damas de su séquito se acercó á mí diciéndome en voz baja: «Mañana antes que amanezca, espérame junto al oratorio y huiremos.» Era María! María que no habia visto en tanto tiempo, y cuya voz me volvió la alegria y la felicidad. Nada mas tengo que esplicaros.

BOURDON.

Bien: olvida mis anteriores palabras y venga tu mano. Si yo tuviera como tú la certeza de ser correspondido, no envidiaria tu fortuna, Perinet: porque puedes huir con la que adoras mientras yo... vamos, sígueme, bajemos pronto.

PERINET.

Cuando gusteis.

BOURDON.

Nos separaremos en lo alto de la muralla: tú tirarás hácia la izquierda y encontrarás una vereda que conduce al oratorio; irás por ella con el mayor silencio, conteniendo la respiracion si es preciso, porque tienes que pasar muy cerca de un centinela. Valor y confianza en Dios!

PERINET.

Lo mismo os digo, Señor.

BOURDON.

Espera... á estas horas suele pasar la ronda por este sitio... ponte á escuchar...

PERINET.

Nada se oye.

BOURDON.

Vamos pues. *(baja el primero y desaparece, diciendo desde abajo á Perinet)* Pon el pie á la derecha... hay una piedra que sirve de escalon.

PERINET, *bajando pero viéndosele todavia.*

Bien se conoce, Caballero, que no es la primera vez que venís por este camino.

Desaparece.

BOURDON, *escalando la muralla.*

Por tu vida, Perinet, guárdate de revelar á nadie este secreto.

Llega á lo alto y á poco tiempo se le vé subir á Perinet dirijiéndose por el camino opuesto que ha tomado Bourdon.

PERINET, *al subir.*

No temais: morirá conmigo.

Desaparece, y en el mismo momento entra una patrulla.

ESCENA II.

La PATRULLA.

ROBERTO.

Quién vive?

PRIMER SOLDADO.

Vais dando el quien vive á todas las matas, Maese Roberto.

ROBERTO.

Silencio! no tengo tan mala vista que no me dejé distinguir un hombre á cincuenta pasos aunque sea á oscuras; y paréceme, vive Dios! que he visto menearse algo encima de la muralla.

SEGUNDO SOLDADO.

Ba! son yerbajos que se menean con el aire. Quién diablos se atreveria á colarse en el castillo?

ROBERTO.

A la fé que estamos bien alerta para que á nadie se le ocurra semejante idea.

PRIMER SOLDADO.

Bien alerta? pardiez que me dejo enclavar como un perro judío, si la mitad de las centinelas de ahí arriba no han trocado á estas horas el arco y las flechas por los dados.

ROBERTO.

Silencio! lo que es ahora no me equivoco... atencion! un tropel de jinetes viene hácia aqui. No se puede distinguir... parece que echan pie á tierra, y se dirijen aqui...

PRIMER SOLDADO.

Dejadme probar si me queda fuerza en el brazo para asestar una flecha; luego les pedireis el quién vive.

Asesta el arco.

ROBERTO.

Quién vive?

CONDESTABLE, *dentro.*

El Rey!

Los arqueros quedan inmobles. Roberto se acerca al Condestable que sale sosteniendo al Rey. Este al verle acercar se sorprende y dá un grito.

REY.

Socorro! socorro! la fantasma... aqui!..

Armagnac habla bajo á Roberto, y este hace seña á los arqueros que le sigan.

SEGUNDO SOLDADO, *al primero.*

Buen lance ibais á echar.

PRIMER SOLDADO.

Quién sabe si el buen Rey me lo hubiera agradecido? Cada dia está mas loco.

Los arqueros se apartan.

ESCENA III.

El REY, *el* CONDESTABLE, DUPUY, TANNEGUY *y* ARQUEROS *en el fondo.*

Durante esta escena va amaneciendo poco á poco.

CONDESTABLE, *acercándose al Rey que se ha quedado en la misma postura y temblando.*

Señor, nada temais... no hay aqui fantasma ninguna, ni correis el menor peligro.

REY.

No la habeis visto?.. es verdad... ya desapareció!.. ah!

El Condestable viendo vacilar al Rey, le lleva junto un árbol y le hace sentar.

CONDESTABLE.

Habeis querido bajar del caballo...

REY.

Sí. *(apretándose la cabeza con las manos)* Aqui! aqui! todo mi mal está aqui! Esperemos que acabe de amanecer, Armagnac: el aire fresco de la mañana dá algun alivio á mi cabeza que está ardiendo. Cuánto tiempo há que estoy padeciendo este martirio! Cuándo me dió por primera vez? ah! sí, en una selva.. sí... alli se me apareció la fantasma.

CONDESTABLE.

No podeis, Señor, desechar de la imaginacion tan tristes recuerdos?

REY.

Dónde está mi hermano Luis de Orleans?.. quiero verle.

CONDESTABLE.

No os acordais que hace diez años fue vilmente asesinado en París por el Duque Juan de Borgoña, que en este momento alza pendones en contra de su lejítimo Rey y Señor? Tened confianza en mí; en vuestro leal defensor Armagnac, que sabrá probarlo en todas ocasiones con el valor de su brazo y la proteccion de San Bernardo.

REY, *fijando en él los ojos lentamente.*

Sí: me habeis dicho que los ingleses han desembarcado en la costa de Francia?

CONDESTABLE.

En Normandía... y tambien os he dicho que el Duque de Borgoña se ha apoderado de Abbeville, Amiens, Montdidier y Beauvais.

REY.

Qué desgraciado soy! Cómo pensais valeros para rechazar á un tiempo á los dos enemigos?.. yo... soy muy débil para ayudaros.

CONDESTABLE.

Ya he tomado mis medidas... y han obtenido vuestra aprobacion. Habeis nombrado al Delfin Cárlos, teniente jeneral del reino.

REY.

Es verdad... pero ya os hice ver que era muy jóven... un niño de quince años... Por qué no me habeis propuesto para este cargo á Juan su hermano mayor?

CONDESTABLE.

Es posible, Señor, que sea tan acerbo vuestro mal, que os haga olvidar la muerte de vuestro hijo?

REY.

Sí, ya me acuerdo... murió en Compiegne... ha muerto!.. esta palabra resuena incesante-

mente en mis oidos cuando llamo á alguno de mis hijos ó de mis parientes! Con que el mando de las tropas está á vuestro cargo y al de mi querido hijo?

CONDESTABLE.

Si Señor... y si hubiera dinero para aumentarlas...

REY.

Y el tesoro del reino?

CONDESTABLE.

Ha sido robado.

REY.

Quién ha sido?.. solo mi esposa ó mi hijo pueden haber cometido ese crímen... Ya me tienen por muerto.

CONDESTABLE.

El Delfin os respeta demasiado para que atente en lo mas mínimo á una accion semejante. Las órdenes de su padre y Señor son leyes para él.

REY.

Con que es decir que ha sido la Reina? Vamos á verla, á pedirla ese dinero...

CONDESTABLE.

Lo ha empleado en comprar muebles y alhajas.

REY.

Y qué haremos?

CONDESTABLE.

Bastantes veces os he dicho, Señor, que no usais de la entereza que debiérais con la Reina... está perdiendo el reino, y Dios ha de pediros cuenta algun dia de tanta blandura. Ved si ha disminuido su lujo á pesar de la miseria pública: al contrario, cada vez va en aumento. Su profusion dá mucho que decir, y no en buen sentido, á la jente honrada.

REY.

Teneis razon... es preciso poner un dique á sus escesivos gastos... para hacérselos disminuir la contentaremos concediéndola lo que pide hace tiempo. La he prometido nombrar Castellano de Vincennes al Caballero de Bourdon... me dareis á firmar su nombramiento.

Ha amanecido enteramente.

CONDESTABLE.

Qué decís, Señor?

Mira hácia el camino que conduce al castillo.

REY.

Anunciareis á ese jóven el favor que me he dignado concederle.

CONDESTABLE.

Es muy probable que ya lo sepa.

REY.

Quién puede habérselo dicho?

CONDESTABLE.

La que lo ha solicitado con tantas instancias.

REY.

La Reina?

CONDESTABLE.

Tiene tanta confianza en el valor de ese jóven, que no ha tenido paciencia para esperar su nombramiento y confiarle la guarda del castillo.

REY.

Qué osais decir?

CONDESTABLE, *señalando hácia los bastidores é indicando el camino que conduce á la puerta del castillo.*

Mirad, Señor, por ahí... vedle salir de Vincennes.

REY, *levantándose.*

Bourdon! cómo ha penetrado tan de mañana en el castillo? acaban de abrir las puertas... qué es esto? Qué se dice en la corte de ese jóven?

CONDESTABLE.

Que goza mucho favor con las damas, y que ninguna resiste á sus halagos.

REY.

No esceptúan alguna?

CONDESTABLE.

No Señor.

REY.

Bernardo! lleva una caperuza verde.

CONDESTABLE.

El color de la Reina.

REY.

Insolente!

ESCENA IV.

DICHOS y BOURDON.

Sale cantando, y al ver al Rey se calla y pasa por delante saludando lijeramente.

REY.

Detente infeliz! cuando se pasa delante del Rey se saluda. *(Bourdon lleva la mano á la caperuza sin detenerse, y al llegar al bastidor sigue cantando y desaparece)* Condestable! apoderaos de ese hombre... me entendeis?

CONDESTABLE, *á Taneguy.*

Ejecutad las órdenes del Rey.

Dos hombres siguen á Bourdon.

REY, *paseándose ajitado.*

Es hasta donde puede llegar la audacia y el desprecio! insultarme cara á cara! Le habrán enseñado á mofarse de mí... sí, no hay duda... no puede ser de otra manera.

Se oye ruido de espadas: Taneguy ha seguido con la vista á los dos hombres que han ido al alcance de Bourdon y grita.

TANEGUY.

Seguidme.

Se va con cuatro arqueros.

REY.

Qué es esto? no bastan dos hombres para un jóven?.. van á dejarle escapar... Pobre de mí!.. Rey sin voluntad propia, y sin enerjía para ser obedecido! *(sale Taneguy)* Ah! gracias á Dios! Condestable! vos respondeis de ese jóven. Volvamos á Paris: ya no quiero entrar en el castillo... Escuchad mis órdenes... Bourdon á las prisiones del Chatelet... la Reina á Tours si es culpable.

CONDESTABLE.

Está bien. *(llamando)* Dupuy! *(al Rey que se va por la derecha)* Ya os sigo, Señor.

DUPUY.

Qué mandais?

CONDESTABLE.

Vais á prender á la Reina.

DUPUY.

Será posible!

CONDESTABLE.

Es el golpe mas seguro para consolidar del todo mi poder.

DUPUY.

Mas, qué motivo?..

CONDESTABLE.

Ese jóven...

DUPUY.

Es su amante?

CONDESTABLE, *con sijilo.*

Es su hijo... mas para conseguir lo que medito me conviene que pase por lo que decís. Marchad.

DUPUY.

Obedezco.

El Condestable sigue al Rey con varios arqueros, y Dupuy se dirije al castillo con otros.

CUADRO SEGUNDO.

El oratorio de la Reina: á la derecha una puerta que conduce á las habitaciones: á la izquierda una puerta secreta que comunica con un corredor y está abierta. En el fondo una ventana con reja, y al lado un reclinatorio.

ESCENA I.

PERINET, *entra pálido y en la mayor consternacion por la puerta secreta.*

Han pasado á mi lado... sí: no me engaño... era la Reina, era el Caballero de Bourdon... Cómo he de salir? va á entrar por aqui... *(señalando la puerta secreta y dirijiéndose al otro lado)* si por ésta puerta?.. cielos! la alcoba de la Reina!.. esta ventana... Dios mio! una reja!.. Quién podrá salvarme? Maria, solo Maria! pero dónde encontrarla?.. no ha acudido á la cita... *(viendo salir á la Reina)* Ah! estoy perdido.

ESCENA II.

PERINET, ISABEL.

ISABEL, *cerrando la puerta sin ver á Perinet.*

Nadie le ha visto salir. *(volviéndose)* Un hombre!

PERINET.

Perdon! Señora, perdon!

ISABEL.

Un hombre aqui!

PERINET, *de rodillas.*

Perdon!

ISABEL.

En mi oratorio! Qué es esto? responde.

PERINET.

Vuestras miradas me hielan de paᴀor, Señora.

ISABEL.

Responde: qué haces aqui? qué buscas? por dónde has venido? quién te ha introducido?

PERINET.

El acaso... el acaso que maldigo, Señora, porque es causa de vuestra cólera contra mí.

ISABEL.

Qué dices insensato? te ha introducido el acaso en el castillo, en mi cámara, en mi oratorio?

PERINET.

Venia á buscar á mi prometida, para que huyera conmigo.

ISABEL.

Su nombre?

PERINET.

Maria.

ISABEL.

Mientes! Maria no quiere abandonarme.

PERINET.

Os juro que digo la verdad. Ayer me lo habia prometido, y en vano he estado esperándola en ese patio. Ha venido el dia, y temiendo ser descubierto he procurado ocultarme: sin saber cómo he llegado hasta aquí, gracias á una puerta que he encontrado abierta á lo último de ese corredor.

ISABEL.

Y alli has estado?..

PERINET.

Perdonadme, Señora... no sabia que ibais á pasar tan cerca de mí.

ISABEL.

Con que me has visto?

PERINET.

Haced de mí lo que querais... pero os juro que digo la verdad... me creia perdido... tuve miedo...

ISABEL.

Un secreto de tanta gravedad en manos de este hombre! de un hombre que me engaña tal vez...

PERINET.

Señora!..

ISABEL.

Yo lo sabré. *(entra en su cuarto)* Maria!

PERINET.

Tan cerca de mí estaba! Dios mio!

ISABEL.

Maria!.. ven pronto. *(sale con Maria)* Conoces á este hombre?

ESCENA III.

DICHOS y MARIA.

MARIA, *dá un grito al reconocerle.*

Cielos!

ISABEL.

Conoces á este hombre? responde: de tu respuesta pende su vida.

MARIA.

Señora! es mi prometido... es Perinet Lecrec... mi amante, que venia á buscarme para huir de esta prision... anoche me encerrasteis en mi cuarto y por eso no pude acudir á la cita; perdonadle, Señora, si en algo os ha ofendido... yo sola soy culpable.

ISABEL.

Es cierto lo que dices Maria? Quieres abandonarme? Qué te he hecho yo para que asi me trates?.. tienes alguna queja de mí?

MARIA.

Ah! no Señora, no! solo las muchas bondades de que me colmais contínuamente han podido decidirme á tomar esta resolucion.

ISABEL.

Esplícate.

MARIA.

Dejadme antes pediros de rodillas el perdon de mi falta. No sabeis por qué el Condestable me ha puesto á vuestro lado, separándome del de mi prometido; no sabeis el vergonzoso empleo á que me habia destinado. Cuando hablabais delante de mí libremente y sin ningun temor, no sabiais, Señora, que yo estaba aqui para no perder ninguna palabra, ningun pensamiento, y que tenia la órden de repetirlas delante de Armagnac. Ah! no lo he hecho, no; os lo juro por lo mas sagrado. Antes de ayer tuve que sufrir sus amenazas, porque me preguntaba cosas que negué redondamente aunque él pretendia saberlas. Dos meses hace ya que estoy á vuestro lado, Señora, sufriendo este martirio; espiada por la jente del Condestable, y sin atreverme á confesaros la verdad por temor de perder vuestra confianza. Este es, Señora, el motivo que me obliga á dejaros espuesta á atraerme vuestro desprecio: pero al menos con la certeza de no haberlo merecido.

ISABEL.

Levanta, hija mia. Podias haberme perdido y no lo has hecho, yo te lo agradezco. Ven á

mis brazos. *(aparte)* Infame Armagnac! *(alto)* Ahora soy yo, Maria, quien te suplica que no me abandones... concédeme este favor porque otra vendria á sustituirte sin tu candor y tu fidelidad.

MARIA.

Señora!..

ISABEL.

Ya comprendo tu indecision. Temes verte separada del que amas? Pues bien, no temas: si el Condestable os ha separado, yo me encargo de que vivais unidos. Perinet! quieres ser escudero del Caballero de Bourdon, en cuanto obtenga el mando de este castillo?

PERINET.

Ah! Señora! me prometeis no separarme de Maria.

ISABEL.

Y si obtengo para tí ese cargo, podré contar con tu fidelidad?

PERINET.

Hasta la muerte.

ISABEL.

Bien. Puedes tener por concedido ese favor.

MARIA.

Tanta merced!..

ISABEL.

Basta... *(hace seña que se retire y se va Maria hácia la ventana)* Escucha Perinet... nada de lo que has visto y oido debe jamás salir de tu boca: piensa que en mis manos tengo una prenda *(señalando á Maria)* que me asegure de tu silencio. Desde este dia eres mio en cuerpo y alma.

PERINET.

Dios me castigue si lo olvido nunca... vuestro soy.

ISABEL.

Qué hay? de qué proviene ese ruido?

MARIA, *mirando por la ventana.*

Qué veo? Dios mio! los soldados del Rey desarman á los vuestros... llevan presos á los Señores de Gyac y de Graville.

ISABEL.

Qué decís?

MARIA.

Mirad, Señora, mirad. Aqui viene el maldito privado del Condestable...

ISABEL.

Qué significa esto? Perinet! ahora poco te pedia una fidelidad á toda prueba, y ya es tiempo de ponerla por obra.

PERINET.

Disponed de mí como gusteis.

ISABEL.

Entra en ese corredor... si te vieran aqui estabas perdido... aun puedes servirme de mucho. *(Perinet se va)* Dios mio! qué es esto?

ESCENA IV.

ISABEL, DUPUY, MARIA, *en el fondo.*

DUPUY

Daos á prision, Señora.

ISABEL.

Yo! no puede ser.

DUPUY.

Tal es la voluntad de nuestro Rey y Señor.

ISABEL.

Mentís!.. el Rey no puede haber dado tal órden... el Rey ha perdido enteramente la razon!

DUPUY.

Si asi no fuese, ya hace diez años que hubiera venido yo mismo á deciros lo que os acabo de decir: no es cierto?

ISABEL.

Traeis la órden de prenderme y nada mas... solo á esto se reducen vuestras atribuciones... acordaos ante todo que delante de la Reina nadie está con la cabeza cubierta.

DUPUY, *quitándose lentamente la caperuza.*

El Caballero de Bourdon, hace lo mismo delante del Rey.

ISABEL.

Cuándo ha sido?

DUPUY.

Esta mañana.

ISABEL.

Dónde?

DUPUY.

A la puerta del castillo.

ISABEL.

Luego el Rey está aqui?

DUPUY.

Ha vuelto á París.

ISABEL.

Y Bourdon?

DUPUY.

En el Chatelet estará muy en breve con buena guardia.

ISABEL.

Le han prendido! ah! pero no querrán su vida por tan pequeña falta.

DUPUY.

Si este fuera su único crímen, no estaria yo aqui, Señora. *(bajo)* Pasa por vuestro amante, aunque mi Señor el Condestable sabe muy bien que le ligan con vos otros vínculos.

ISABEL.

Basta: callad. Dónde quereis conducirme?

DUPUY.

Al castillo de Tours. El Rey y el Condestable me han dado orden de conduciros inmediatamente.

ISABEL.

Sola?

DUPUY.

Con una de vuestras damas.

ISABEL.

Con Maria tal vez?.. Bien, no importa... *(á Maria)* Tú me seguirás... ahora despejad... Dentro de un instante estaré dispuesta.

DUPUY.

No olvideis que es preciso partir sin demora.

ISABEL, *con enerjía.*

No olvideis que soy vuestra Reina y que os he dicho que salgais.

Dupuy se vá poco á poco.

ESCENA V.

ISABEL, MARIA, PERINET *saliendo.*

ISABEL, *ocultándose el rostro con las manos.*

Bourdon preso! Dios mio!

PERINET.

Han venido á prenderos, Señora?

ISABEL.

Y qué me importa mi libertad? la de Bourdon es la que anhelo solamente... qué otra puede anhelar una madre?

PERINET.

Qué decís?

ISABEL.

Sí, es mi hijo... mi hijo que van á matar sin que pueda defenderle, sin que mi pecho pueda servirle de escudo contra el puñal de sus asesinos. Dios mio! Dios mio!

PERINET.

Y cómo salvarle?

ISABEL.

Ya es imposible... mi vida la doy al que pueda alcanzarlo.

PERINET.

Sin ese premio lo intentaré. Tengo amigos fieles que jugarán por mí su cabeza, como mil veces he jugado por ellos la mia. Atacaremos el Chatelet.

ISABEL.

Y le salvareis? Insensato! cuando hayais forzado las puertas de hierro que le guardan, cuando logreis entrar en su calabozo, solo encontrareis su cadáver. No hagais tal por Dios! vais á acelerar su muerte.

PERINET.

Y qué haremos?

ISABEL.

Vé á su prision, habla de mi parte á los carceleros, y pídeles su vida. No le mateis, les dirás, la Reina os ofrece todo el oro que querais, mas del que podais apetecer... salvadle. Si aun no teneis bastante, tomad sus joyas, sus perlas, su corona... todo es vuestro si le concedeis la vida y la libertad. Ah! si yo pudiera ver á esos hombres, bien pronto lo lograria.

PERINET.

Haré todo lo que me mandeis.

ISABEL.

Estoy loca! es imposible... nada puede salvarle de la muerte horrorosa que le espera.... no tomarian mi vida en cambio de la suya? Sí, le matarán. Insensata! no haberlo previsto antes! no habérseme ocurrido la idea de pedir al Rey en uno de sus accesos de locura la muerte del Condestable! Ya no hay remedio... ninguno!.. Dios mio! ser Reina y no poder nada!

MARIA.

Dios mio! Dios mio!

ISABEL.

Lloras, infeliz! lloras porque te separan del que amas? su ausencia no será eterna como la de Bourdon, como la de mi hijo! van á matarle... sin que nada pueda yo por él... sin que sepa la hora de su muerte que á cada instante la estaré temiendo... Hijo mio! morirá el infeliz sin descubrirle el secreto que he tenido encerrado en mi pecho... sin conocer que el entrañable cariño que le profesaba, era el de una madre... el de una madre que solo vivia para él, que no tenia mas gozo que el de estar á su lado, ni mas dicha que la de escucharle!

MARIA.

Qué suplicio, Dios mio!

ISABEL.

Sí, bien dices... un suplicio horroroso! Ha caido en manos de mis enemigos y saciarán en el desdichado el ódio y el rencor que tienen á

su madre. Para aumentar mi desesperacion, ni siquiera me darán noticias de su suerte! pero... no será asi... *(á Perinet)* tu estás libre, tú podrás decírmelo... Le han llevado al Chatelet... no lo olvides, al Chatelet... corre allá... no te muevas de la puerta... espía en silencio todo lo que pasa, y si le ves salir vivo ó muerto, ven inmediatamente á decírmelo.

PERINET.

Asi lo haré.

ISABEL.

Aunque habrán cerrado todas las salidas del castillo, por ese corredor puedes escapar... cuando estés fuera de todo peligro en el camino de París, haz una señal con tu caperuza.... yo estaré á la ventana, y no me moveré de ella hasta que te haya visto.

PERINET.

Perded todo cuidado.

ISABEL.

Sea cual fuere su suerte vendrás á decírmela... y si no puedes llegar hasta mí, envíame esta cruz si está vivo... tu puñal si ha muerto... corre Perinet.

ESCENA VI.

ISABEL, MARIA.

ISABEL.

Es mi sola esperanza... la única que me han dejado... Venganza, Dios mio! venganza! El Rey permite estos asesinatos... el Rey! qué es mas que un insensato? *(dirijiéndose á la ventana)* Nada se vé aun... cuánto tarda... le habrán prendido?... no!... ya está en la muralla...

MARIA.

Dios mio! toda está llena de centinelas!

ISABEL.

Una le hace señas para que se detenga.

MARIA.

Ni aun puedo mirar... y bien?

ISABEL.

Sigue su camino... le amenaza con su ballesta... le tira...

MARIA, *dando un grito y cayendo de rodillas.*

Ah!

ISABEL.

Nada, nada... ni ha vuelto la cabeza... tiene valor... Dios le proteja... ya baja la muralla... desapareció!

ESCENA VII.

DICHAS, DUPUY y SOLDADOS.

DUPUY.

Ya es tiempo de partir, Señora.

ISABEL.

De partir? no, todavia no, apartad... de aqui no salgo.

DUPUY.

Seguidnos, Señora... no querais que para ello haga uso de la fuerza.

ISABEL, *pasando el brazo por la reja.*

De la fuerza! Veámos quien se atreverá á poner la mano en su Soberana.

DUPUY.

Ahora no os reconozco como tal, sois mi prisionera.

ISABEL, *aparte.*

No aparece, Dios mio!

DUPUY.

Por última vez os intimo, Señora, que nos sigais.

ISABEL, *aparte.*

Ah! se ha salvado!... alli está...

DUPUY.

En nombre del Rey apoderaos de ella.

ISABEL, *separándose de la ventana y diciendo con entereza á los soldados que se acercan.*

Atrás! Mi puesto es delante, Señores.

Los guardias y Dupuy se retiran respetuosamente, y sale Isabel la primera.



ACTO SEGUNDO.

El teatro representa la orilla del rio: á la derecha del actor el Chatelet que ocupa el espacio de las tres primeras cajas: á la izquierda entre la tercera y cuarta una taberna: entre las dos primeras del mismo lado una callejuela; en el fondo el rio y el puente de los molineros. Una casa de madera practicable sobre el puente con una ventana que dá al rio. La taberna tiene tambien un balcon practicable.

ESCENA I.

JÁCOME, CRIADOS *de la taberna y despues* PAISANOS.

Al levantarse el telon, algunos barqueros se ocupan en levantar un tablado en el fondo con toneles, bancos y tablas: las ventanas están colgadas con tapices ó banderas con las armas de Armagnac.

JACOME, *saliendo de la taberna.*

Asegurad bien el tablado, porque si la jente se hunde y cae sobre la comitiva que vá á pasar, se lo lleva todo el diablo. Con que no hay que detenerse, ya no pueden tardar; hace dos horas largas que están felicitando al Rey por la prision de la Reina Isabel, y la jente acude ya á este sitio.

Se vé salir la jente por la callejuela y á lo largo de la orilla del rio.

ESCENA II.

BOURDICHON, JÁCOME, LECREC *y varios* PAISANOS.

Bourdichon en traje medio militar y medio paisano entra corriendo por lo largo de la ribera, y tropieza con Lecrec que viene por el puente.

BOURDICHON, *tropezando.*

Ay!

LECREC.

Maldito seas!..

BOURDICHON.

Os habré lastimado... Ah! Sr. Lecrec, sois vos?... Me alegro haber tropezado con jente conocida.

JACOME, *saludando.*

Buenas tardes, Señores; cómo no estais en la procesion?

LECREC.

Acabo de separarme de ella.

BOURDICHON.

Pues yo voy á reunirme... formo parte de la comitiva, ya veis como pertenezco á los guardias del pueblo; con que hasta luego...

LECREC.

Esperad un momento amigo Bourdichon... Echareis antes un trago conmigo. *(á Jácome)* Trae vino...

Jácome entra y vuelve á salir con un jarro.

BOURDICHON.

Me convidais, eh? Dios os lo pague vecino.. Asi como asi, no me vendrá mal el vinillo.. Tengo las fauces lo mismo que yesca. *(brindando)* A vuestra salud y á la de Pedro vuestro hijo... Pero ese muchacho está loco?.. No trata de casarse despues de haber visto lo que á mí me pasa. Ay! compadre Lecrec... Mi bendita Marta logrará enterrarme muy pronto, si Dios no me deja viudo cuanto antes.

LECREC.

Siempre regañando, no es eso?

BOURDICHON.

Qué quereis que suceda? desde que se llevaron de mi casa á Maria, la novia de vuestro hijo, es aquello un infierno... Mi mujer para vengarse del Condestable se ha hecho Borgoñona furibunda... yo ya sabeis que soy Armagnac declarado. Cómo podeis figuraros, los dos partidos vienen á las manos á cada momento... Y muchas veces... hoy por ejemplo, confieso que no han llevado los Armagnac lo mejor de la pelea.

LECREC.

De veras?

BOURDICHON.

Creí quedar hecho trizas entre las uñas de mi mujer, y si no es por dos estudiantes de Cluny que llegaron á tiempo para separarnos, soy hombre perdido.

JACOME.

Tiene un jénio que ya ya...

BOURDICHON.

Es una fiera!.. Pero á propósito de fieras, estará pronto el pato blanco que te mandé pa-

ra que lo guisases?

JACOME.

No tardará.

BOURDICHON, *á Lecrec.*

Le he mandado matar para celebrar con varios amigos la solemnidad del dia... el triunfo de mi partido, y la prision de la Reina... Cuando mi mujer lo sepa, se vá á comer los codos de rabia; (*con alegria*) mejor que mejor... yo me comeré el pato... (*á Lecrec*) Con que sereis de los mios, no es eso?

LECREC.

Gracias, amigo Bourdichon. En estos tiempos de revueltas no me separo nunca de la puerta de San German, cuyas llaves guardo hace veinte años: ya llevo demasiado tiempo fuera de casa. Con que hasta luego...Si veis á mi hijo Perinet, decidle que le espero.

BOURDICHON.

Abur vecino.

Lecrec se vá por la izquierda.

UN HOMBRE *á Bourdichon.*

Mucho tarda la comitiva.

BOURDICHON, *mirando al foro.*

Qué es aquello que viene por alli?

TODOS, *agrupándose al foro.*

A ver? á ver?

BOURDICHON.

Será la procesion... Voy á colocarme en mi sitio...

Bebe el último vaso y se vá corriendo.

VOCES, *dentro.*

Viva el Condestable!

ESCENA III.

El CONDESTABLE, BOURDICHON, JÁCOME, *un* CAPITAN *de arqueros y* SOLDADOS.

CONDESTABLE.

Señores! guardad vuestros vivas y aclamaciones para el Rey... Celebro mucho ver que la alegria reina en todos los habitantes de París, y espero que nada turbará la fiesta. La prision de la Reina no es una señal de persecucion... El Rey promete perdon y olvido á todos sus partidarios que permanezcan tranquilos.

PUEBLO.

Viva! viva!

BOURDICHON.

Viva el Condestable! si estuviese aqui mi mujer!

CONDESTABLE, *al Capitan.*

Voy á entrar en el Chatelet. Estais seguro Capitan, de que nadie ha visto la cara del prisionero?

CAPITAN.

Nadie.

CONDESTABLE.

Habeis avisado al verdugo?

CAPITAN.

Pronto vendrá.

CONDESTABLE.

Tendrá que hacer uso de toda su fuerza y de toda su habilidad, porque el preso es hombre de valor.

CAPITAN.

Otros mas duros que él han cantado clarito en el tormento.

CONDESTABLE, *aparte.*

El Rey Cárlos ecsije una prueba auténtica de la infidelidad de la Reina para condenarla... Pues bien, Bourdon, ya que no puedo probarle que tu nacimiento es su deshonra; el amor de Isabel que tú no comprendes y que atribuyes á otra causa, servirá para perderos á los dos, afirmando para siempre mi poder... tú confesarás en medio de los dolores del tormento ese amor que crees culpable... tú me darás esa prueba que el Rey me ecsije, y morirás despues porque es preciso que mueras; pero en cambio de este servicio ahorraré á tu muerte la afrenta del cadalso. (*alto*) Seguidme, Capitan.

PUEBLO *y* BOURDICHON, *gritando mas que todos.*

Viva el Condestable!

El Condestable entra en el Chatelet. Marta entra al mismo tiempo por la calle y sorprende á su marido dando vivas al Condestable.

ESCENA IV.

BOURDICHON, MARTA, JÁCOME, PAISANOS, *dos* MUJERES.

MARTA.

Ah! bribon! ya te pillé en el garlito.

BOURDICHON.

Uf! mi mujer.

MARTA.

Como yo no estaba aqui gritabas á tu sabor.

viva el Condestable!.. tunante!

BOURDICHON.

No, mujer... si estaba hablando... Los Señores pueden decir...

MARTA.

Calla! embustero! y se puede saber dónde vas ahora?

BOURDICHON.

A ver la fiesta.

MARTA.

Estás fresco! ya te he dicho que no quiero que vayas... y no irás.

PAISANOS, *riendo.*

Ja! ja! ja!

BOURDICHON.

Sí, sí, reiros... y el diablo os dé una mujer como la mia, si tiene bastante habilidad para hacer otra tan mala.

MARTA.

Mala! y por qué? porque aborrezco á tu Condestable, no es cierto?

BOURDICHON.

Pues ya se vé que es una infamia, una injusticia... Mucho mas en el momento en que acaba de conceder el mas completo perdon á todos los partidarios de la Reina.

MARTA.

Un perdon.

BOURDICHON.

Si Señora!

MARTA.

Quién lo creyera!.. Y dime, es para perdonarle para lo que han traido esta mañana un preso al Chatelet?

JACOME.

Un preso!.. Quién os lo ha dicho?

MARTA.

Mi vecino el tornero... el que vive enfrente le ha visto pasar... dice que es un jóven muy guapo; pero le traian tan bien tapado que no ha podido verle la cara.

BOURDICHON.

Pues entonces... apuesto cualquier cosa á que el Condestable ha entrado ahora en el Chatelet para anunciarle su perdon.

En este momento atraviesan el teatro el médico y el verdugo, y entran sin pararse en el Chatelet.

MARTA, *señalándolos.*

Mira! y son esos los portadores del perdon?

BOURDICHON.

El verdugo!

JACOME.

Y el médico!

BOURDICHON.

Vírjen Santísima! La puerta del Chatelet se abre sola delante de ellos como si los conociese.

MARTA.

Y se vuelve á cerrar para que no se oigan los gritos y las maldiciones de la víctima.

JACOME, *á Marta.*

Será para el preso de que hablamos.

MARTA.

Yo lo sabré.

BOURDICHON.

Dónde vas mujer?

MARTA.

Al Chatelet.

BOURDICHON.

Estás endemoniada?

MARTA.

Conozco á la hija del carcelero... me dejará meterme en algun rincon, y si averiguo quién es... si es uno de los mios... un partidario de la Reina... (*á su marido*) tú me las pagarás... en lugar del Condestable... Hasta luego, Señores, pronto vuelvo.

Llama y entra en el Chatelet.

ESCENA V.

DICHOS *menos* MARTA, *despues* JUAN *y los* ESTUDIANTES.

JACOME.

Compadre! qué mujer la vuestra!

BOURDICHON.

Ay amigo mio. El Papa ha canonizado muchos mártires que no han ganado el cielo á tanta costa como yo. (*ruido en el fondo*) Qué ruido es ese?

VARIOS PAISANOS.

Los Estudiantes! Los Estudiantes de Cluny.

JACOME.

Bien venidos sean los Estudiantes... son buena jente... es verdad que me rompen todos los jarros, pero para eso pagan doble.

JUAN, *llegando con los Estudiantes por el puente.*

Atrás canalla!... paso á los Estudiantes... para nosotros la taberna y la tabernera... Ola! mirad, chicos... aqui está el cuitado que libertamos hace poco con tanto valor de las garras de su mujer.

BOURDICHON.

Para serviros.

ESTUDIANTES.

Vino! vino!

JUAN.

A la salud de tu mujer.

BOURDICHON.

Mil gracias: (*aparte*) asi reventara.

Suenan trompetas. Movimiento en el pueblo.

JACOME.

Las trompetas de los arqueros... ya viene la comitiva.

BOURDICHON.

Voy á incorporarme...

VARIAS VOCES.

Al tablado! al tablado!

La mayor parte de la jente sube al tablado formado en el fondo del teatro desde la taberna al Chatelet. En el puente, en las ventanas y hasta en los tejados se vé jente. Cuadro animado. La comitiva atraviesa con gravedad por el fondo de un lado á otro del teatro, abriéndose paso por entre la multitud que se apiña y codea. Los estudiantes forman grupo aparte en el proscenio jugando y bebiendo en las mesas.

JUAN.

Cuánta jente!.. No faltan pillos!.. hasta en los tejados.

UNA MUJER, *entre la jente.*

Que me ahogan.

JUAN, *á sus compañeros.*

Ea, chicos, otro trago y vamos á hacernos lado á empujones entre esa canalla.

ESCENA VI.

JUAN, JÁCOME, MARTA, ESTUDIANTES, *y jente del pueblo.*

MARTA, *saliendo del Chatelet.*

Qué horror! bien temia yo.

JUAN, *volviéndose.*

Qué sucede?

Juan, Jácome y varios paisanos rodean á Marta.

MARTA.

Mi marido! Dónde está mi marido?.. quiero confundirle... insultarle...

JACOME.

Pero qué pasa?

MARTA.

Pobrecito! me parece que aun le tengo delante.

JUAN.

Pero á quién?

MARTA.

A un jóven... El prisionero... le están dando tormento... en el colchon de cuero... he oido sus gritos... y he visto las planchas de hierro ardiendo que le ponian en las piernas... daba una lástima...

JACOME *y* VARIOS.

Qué horror!

Se oyen vivas en el fondo.

MARTA.

Sí, eso es, estúpidos! gritad viva! mientras matan á uno de los vuestros.

JUAN.

Pero sabeis quién es? habeis oido el nombre del paciente?

MARTA.

No, pero miré por una rendija de la puerta y me pareció ver un traje de estudiante.

JUAN, *tirando con furor el vaso.*

Un estudiante!.. Aqui de los mios!

Todos los estudiantes que habian quedado sentados se levantan y rodean á Juan y á Marta: la comitiva sigue pasando.

MARTA, *aparte.*

Qué idea. (*alto*) Sí, un estudiante de Cluny.

JUAN *y los* ESTUDIANTES.

Un estudiante de Cluny!

JACOME, *aparte, á Maria.*

Estais segura de eso?

MARTA, *idem.*

No lo sé, pero lo mismo dá... con eso alborotarán la procesion, desarmarán á los guardias del pueblo, y le tocará alguna cosa á mi marido. (*alto á los Estudiantes*) Mirad, desde aqui se vé el resplandor de la lumbre en que hacen ascua los garfios y las tenazas... y todavia gritan viva!.. Y esos Señores que van á felicitar al Rey por lo que está pasando...

VARIOS ESTUDIANTES.

Es una infamia!

JUAN.

Ea! camaradas, venguemos á nuestro compañero... Vasos y jarros sobre la comitiva que felicita al Rey, cuando dan tormento á los Estudiantes de Cluny.

VARIOS ESTUDIANTES.

Sí, mueran!

OTROS.

Mueran!

Los Estudiantes se disponen á tirar los jarros y los vasos.

JACOME, *deteniéndolos.*

Qué vais á hacer? *(al pueblo)* Aqui de los paisanos!

Parte del pueblo deja el tablado y acude.

JUAN, *con fuerza.*

Aqui paisanos, estudiantes y todo el mundo. Cuando empiezan por los manteos de Cluny, creeis que perdonarán á vuestras ropillas? Nada! vasos, toneles, tablas y jarros sobre la comitiva... muera!

TODOS.

Muera! Muera!

Los Estudiantes tiran los vasos y dejan caer el tablado sobre la comitiva que se dispersa. Despues tiran al aire los sombreros.

ESTUDIANTES.

Victoria! victoria!

JUAN.

Somos dueños del campo.

JACOME.

Sí, pero pronto vendrán los arqueros del Rey... Miradlos!.. ya se forman en batalla al otro lado del muelle.

JUAN.

Y la guardia del pueblo tambien.

MARTA.

Me alegro: con eso entrará tambien en la danza mi marido.

JUAN.

Nos haremos fuertes aqui... A parapetarnos!

LOS ESTUDIANTES.

Sí, sí.

JUAN.

Ya tenemos refuerzo.

JACOME.

Quién?

JUAN.

Perinet.

TODOS.

Perinet el armero!

ESCENA VII.

DICHOS, PERINET *entra por la calle y todos le rodean.*

PERINET, *mirando á la puerta del Chatelet.*

Qué me quereis?

JUAN.

A buen tiempo vienes. Nos ayudarás en nuestra empresa... Tú eres de los nuestros.

PERINET.

Imposible... Sabeis que siempre he estado pronto á acompañaros, lo mismo en vuestras fiestas que en vuestras pendencias; pero hoy no puedo disponer de mí mismo, tengo empeñada mi palabra.

JUAN.

No importa, nos haces falta... No ves ese aparato?

Enseñándole la barricada que han formado con los restos del tablado.

PERINET.

Qué intentais?

JUAN.

Salvar á un camarada á quien están dando tormento.

PERINET.

A un Estudiante..

JUAN.

Asi dicen... pero séalo ó no... queremos salvarle.

PERINET, *aparte.*

Si será él? *(alto)* Salvarle, y cómo?

MARTA.

Derrotando á la guardia del pueblo.

JUAN.

Apoderándonos del Chatelet.

PERINET.

Tomar el Chatelet! estais locos?.. Sabeis que todas vuestras dagas juntas no lograrian hacer la menor mella en la piedra de sus paredes? Si quereis seguir mi consejo...

JUAN.

Aqui lo que queremos es jente decidida á romperse la cabeza. Guarda tus consejos Perinet, para nada nos hacen falta... y si tienes miedo, largo de aqui.

ESTUDIANTES.

Sí, sí, fuera Perinet!.. fuera el armero!

PERINET, *colocándose en la es esquina de la calle.*

Veremos quien se atrevè á echarme de aqui! Este es mi sitio, y todo el Colejio de Cluny no es capaz de hacérmelo abandonar, sino es regado con sangre.

UN ESTUDIANTE.

Alerta! Los arqueros están encima.

MARTA.

Duro en la guardia del pueblo!

Las mujeres se retiran á un rincon y los Estudiantes se suben en el parapeto que han formado.

PERINET.

Cielos! su imprudencia puede costar la vida al que quieren salvar.

CAPITAN, *dentro*.

Paso en nombre del Rey y del Condestable.

MARTA, *escondida*.

Muera el Condestable!

ESTUDIANTES.

Muera!.. Mueran los arqueros!

CAPITAN, *saliendo con los arqueros*.

A ellos! mis valientes! á ellos!

Los arqueros despejan en un momento la plaza. Despues entran los guardias del pueblo. Marta que se esconde al ver huir á los Estudiantes, tira una jarra á la cabeza de uno de los soldados de la guardia del pueblo.

MARTA.

Pues yo no me voy sin romper á uno la cabeza.

BOURDICHON, *que recibe el golpe*.

Ay!

MARTA.

Virjen Santa! mi marido... me alegro.

Se va corriendo por el puente: Jácome, que durante la pelea se ha refujiado en su casa, vuelve á salir. Levantan á Bourdichon que ha caido del golpe. Perinet permanece escondido detrás de la esquina.

ESCENA VIII.

PERINET, BOURDICHON, CAPITAN, ARQUEROS, JÁCOME, *y los* GUARDIAS *del pueblo*.

CAPITAN.

El Condestable manda que permanezcan los vecinos de París sobre las armas, y que no se deje parar á nadie en este sitio... (*á un lado*) Colocad las centinelas.

BOURDICHON.

Yo por herido estoy esento de servicio. Vamos adentro, Maese Jácome... me pondreis un parche aqui en la coronilla. Ay! ay!

CAPITAN.

Voto á!.. se les ha olvidado poner un centinela á la entrada del puente. (*dando en la espalda á Bourdichon*) Ola, paisano!

BOURDICHON, *volviendo*.

Qué hay?

CAPITAN.

Recoje del suelo esa alabarda, y colócate de centinela á la entrada del puente hasta que vengan á relevarte. La consigna es no dejar parar á nadie aqui, y dispersar con la fuerza á los grupos si se niegan á obedecer.

BOURDICHON, *aparte*.

Dios me valga! (*alto*) Pero yo...

CAPITAN.

Vamos! pronto!.. Es orden del Condestable. (*á los arqueros*) Seguidme.

Vanse.

BOURDICHON.

Pues Señor, no hay remedio.

JACOME.

Entonces, Maese Bourdichon, voy á dar una vuelta á vuestro pato que está puesto en el asador hace una hora.

BOURDICHON.

No hay prisa hasta que yo pueda ir á hincarle el diente...

JACOME.

No importa, se le hincarán vuestros amigos que han entrado ya por la puerta de la espalda, y le están esperando.

BOURDICHON.

Hombre, no! eso no me tiene cuenta. Eh! dónde vas? escucha.

JACOME.

No me puedo parar aqui... es vuestra consigna.

Entra en la taberna.

BOURDICHON.

El diablo te lleve! y á mí tambien... Pues estoy fresco!.. se lo van á comer todo... y yo que tengo un hambre atroz! como no me coma esta alabarda. Por vida de!..

Se pasea furioso.

ESCENA IX.

PERINET, BOURDICHON.

PERINET, *que ha permanecido detrás de la esquina*.

Todos se han ido... ya nadie podrá salir por esa puerta sin que yo le vea. Aunque tenga que estarme clavado dia y noche en este sitio, cumpliré lo que he ofrecido á la Reina.

BOURDICHON.

Estoy tan débil, que ni aun tengo aliento para rezar un padre nuestro! y entre tanto los otros estarán ya en los postres... Si al menos

pudiera veros desde aqui, esto me serviria de consuelo...

Se sube sobre un banco que hay junto al Chatelet, y desde él mira al balcon de la taberna, apoyado en su alabarda.

PERINET.

Mucho tarda Gervasio!.. si le faltará valor? pero no, imposible!.. es valiente y honrado y cumplirá su palabra... Siento pasos hácia el otro estremo de la calle... Será él?.. Ah! no, son los arqueros... se dirijen aqui... van á obligarme á abandonar este sitio... qué haré? Ah! sí! no me queda otro remedio.

Se presenta delante de Bourdichon.

BOURDICHON, *asustado bajándose.*

Quién vá!.. Calla, eres tú, Perinet?

PERINET.

El mismo. Vengo á relevaros.

BOURDICHON.

De veras? Santa palabra!

PERINET.

Para que no dudeis os diré la consigna. No dejar parar aqui á nadie.

BOURDICHON.

Eso es.

PERINET.

Pues despachad.

BOURDICHON.

Con el alma y la vida... ahí tienes mi alabarda, mi espada, mi daga.

PERINET.

Gracias, tengo la mia.

BOURDICHON.

Vales mas que pesas! Con que adios. (*volviendo*) Ah! se me olvidaba, si viene por aqui mi mujer, hazla cumplir la consigna; que no se pare en este sitio.

PERINET.

Corriente!.. pero márchate ahora.

Le empuja dentro.

BOURDICHON, *entrando en la taberna.*

Si podré pescar todavia algun alon.

PERINET, *colocándose en su puesto.*

Aqui están los arqueros.

ESCENA X.

PERINET, *la* PATRULLA, *que sale de la calle.*

El jefe se acerca á Perinet. Es de noche.

PERINET.

Quién va?

CAPITAN.

Os traigo la contraseña, centinela.

Se la dá al oido y continúa su ronda.

ESCENA XI.

PERINET, *despues* GERVASIO.

PERINET.

Ya se alejan... y nada tengo que temer... Nadie puede sospechar mis intenciones... Hácia dónde caerá su prision?.. pobre Caballero! si vive todavia, yo le salvaré, aunque el mundo entero se oponga.

GERVASIO, *asomándose por el parapeto.*

Perinet! Perinet!

PERINET, *dejando su alabarda arrimada al Chatelet.*

Es su voz! Gervasio! venga tu mano! La impaciencia con que te esperaba me habia hecho desconfiar de tí.

GERVASIO.

Eso es injuriarme! Os debo la vida y soy agradecido... Me dijisteis que estuviera aqui al anochecer y ya veis si soy puntual.

PERINET.

Trajiste la barca como te lo advertí?

GERVASIO.

Ahí está... debajo del puente.

PERINET.

Está bien... vé á colocarte en ella, y no te muevas de alli hasta que yo te arroje esta cruz.

GERVASIO.

Y entonces?..

PERINET.

Entonces... toma tus remos y sepárate de la orilla... Aunque oigas voces y ruido de armas no te detengas un momento. Sal cuanto antes de Paris y vé á buscar á la Reina donde quiera que se halle. Ya esté prisionera en poder de

los Armagnac, ó libre entre sus fieles defensores, procura verla ó presentarla esta cruz diciéndola: Perinet me envia!.. La Reina de Francia te lo premiará algun dia... A dónde vas?

GERVASIO.

A esperar en mi puesto.

PERINET.

Bien! asi te quiero yo... Ahí tienes ese dinero para abreviar tu camino cuanto sea posible... La Reina contará con ansiedad cada minuto que pasa... Ahora abrázame por si no nos volvemos á ver: no te detengas.

Gervasio baja por donde subió; Perinet le sigue y le habla bajo asomándose por la barandilla del puente.

PERINET.

Con cuidado!.. amarra la barca en el último pilar... y ten dispuesto el cuchillo para cortar la cuerda.

La puerta del Chatelet se abre en este momento y sale el Condestable acompañado del Capitan y unos cuantos arqueros que pasan en silencio.

ESCENA XII.

La noche es oscura.

CONDESTABLE, CAPITAN, ARQUEROS, PERINET.

CONDESTABLE, *con un pergamino en la mano que viene enrollando, y le guarda en seguida debajo de la coraza.*

Bien! gracias al tormento, Bourdon ha confesado cuanto yo queria... Isabel está perdida... (*al verdugo que se ha quedado en el umbral de la puerta*) Os vuelvo á encargar la mayor prudencia y esactitud en la ejecucion de mis órdenes... que nadie pueda verle el rostro: lo entendeis?

El verdugo saluda y entra cerrando la puerta. Perinet sigue en la misma posicion y no ha visto nada de esta escena.

CONDESTABLE.

Capitan, se han puesto las centinelas en los puntos que mandé?

CAPITAN.

Si Señor; pero si todos están tan bien guardados como este? mirad.

Señalando la alabarda.

CONDESTABLE.

Esa arma debe ser de aquel aragan que se está entreteniendo en ver correr el agua.

PERINET, *retirándose de la barandilla.*

Todo va perfectamente! y...

CONDESTABLE.

De quién es esta alabarda?

PERINET, *reconociéndole.*

Mia! Cielos, el Condestable!

CONDESTABLE.

Desarmadle al momento.

Le rodean y le quitan la espada, entretanto se abre la puerta de la taberna y aparece Jácome, Bourdichon y algunos paisanos con hachones.

ESCENA XIII.

DICHOS, JÁCOME, BOURDICHON, y PAISANOS.

BOURDICHON, *saliendo.*

Buenas noches, Maese Jácome... Qué es eso? Ah! una ronda.

JACOME.

Y mandada por un jefe ilustre... El Condestable!

BOURDICHON y PAISANOS, *descubriéndose.*

El Condestable!

CAPITAN, *presentando á Perinet delante del Condestable desarmado.*

Ahora el mal soldado queda ya convertido en villano despreciable.

BOURDICHON y PAISANOS.

Perinet!

CONDESTABLE.

Vecinos de París, (*Perinet cruzando los brazos mira al Condestable y espera con calma*) es este el modo con que respondeis á la confianza que el Rey os dispensa? Se os reparten armas y se os confia la guardia de la ciudad, y abandonais vuestras armas y vuestros puestos? (*á los paisanos*) A ver uno de vosotros á reemplazar á ese tunante. (*dando la alabarda á Bourdichon*) Toma tú.

BOURDICHON, *tomándola.*

Está visto! Siempre he de ser yo la víctima.

CAPITAN, *á los paisanos.*

Y vosotros despejad.

CONDESTABLE.

No... que se queden. Quiero darles una leccion que les sirva de escarmiento y les enseñe á ser mas vijilantes en lo sucesivo.

PERINET, *aparte.*

Ah! si voy á morir, quién llevará á la Reina noticias de Bourdon!

CONDESTABLE.

A ver, dos arqueros. (*se adelantan*) Sacad las espadas (*demostracion de espanto en los paisanos. Perinet se muestra impaciente*) y contad ocho palos con las vainas sobre las espaldas de ese mozo.

PERINET, *retrocediendo.*

Qué oigo! un castigo infamante! un castigo de soldado! Mirad Condestable que yo no lo soy.

CONDESTABLE.

Haced lo que he mandado.

PERINET.

Semejante pena no se aplica mas que á los esclavos, y yo soy libre, Conde de Armagnac.

CONDESTABLE.

Me mantengo en lo dicho por lo mismo que te llega tan al alma.

Los soldados se acercan á Perinet, pero este los rechaza violentamente y agarra el brazo del Condestable.

PERINET.

Oh! no lo hareis! no lo hareis... dadme primero la muerte! (*el Condestable rechaza á Perinet*) Mirad que Perinet Lecrec no perdonará nunca á nadie semejante ultraje... á nadie! lo oís?.. ni al mismo Rey!.. Mirad que si despues de tal afrenta me dejais la vida la consagraré á la venganza: y yo os juro que me vengaré.

PAISANOS.

Perdon, perdon!

CONDSTABLE.

Silencio!.. Ni las súplicas ni las amenazas me han hecho nunca vacilar en mi resolucion... (*á los arqueros*) Pronto! ocho palos á ese canalla, pero aplicados de modo que se acuerde toda su vida del Condestable.

PERINET.

Oh! mi vida por mi honra!

CONDESTABLE.

Basta de palabras... Capitan, haced ejecutar ahora mismo la sentencia en el patio del Chatelet. Los centinelas de las prisiones tienen necesidad de presenciar un castigo que les sirva de escarmiento.

Los soldados atan las manos á Perinet en el fondo del teatro: mientras tanto Jácome y los demas paisanos hablan á la izquierda del proscenio.

JACOME, *en voz baja.*

Dar de palos á un paisano, eso no se ha visto nunca.

UN VECINO.

No debemos sufrirlo.

TODOS.

No! no!

JACOME.

Los soldados son pocos, y nosotros todos tenemos cuchillos ó dagas.

TODOS.

A ellos...

CONDESTABLE, *volviéndose.*

Qué significa esto? Murmullos, amenazas?.. Veamos cuál de vosotros se atreve á arrancarle de manos de mis arqueros. (*el pueblo retrocede delante del Condestable. Perinet rodeado de soldados se adelanta al Chatelet*) Capitan, dejad las puertas abiertas; quiero que esta canalla vea desde aqui la ejecucion.

Los soldados entran con Perinet en el Chatelet, dos centinelas se colocan en las puertas que quedan abiertas. El Condestable ocupa el centro del teatro con algunos arqueros. El pueblo apiñado á la izquierda del proscenio mira con inquietud el interior del Chatelet. Bourdichon se pasea con su alabarda: todos quedan en el mas profundo silencio.

BOURDIGHON, *aparte.*

Qué hombre tan atroz! Pobre Perinet.... Cuando pienso que podia haberme sucedido otro tanto!... Ay Dios mio! ya empiezan. (*se oyen los golpes de los palos que dan á Perinet; movimiento de espanto del pueblo: Bourdichon cuenta los palos*) Tres! Cuatro! Cinco! se me figura que me los dan á mí... Siete, ocho!.. Ah! gracias á Dios que se acabó.

UN HOMBRE, *á media voz á los otros.*

Es una infamia!

JACOME, *idem.*

Silencio! aqui vienen.

Perinet sale con los soldados del Chatelet sin la rodilla, que trae uno de los arqueros: sus facciones están alteradas.

PERINET.

Oh! la vergüenza y el despecho me ahogan.

CONDESTABLE.

Ahora soltadle, Capitan: (*le desatan*) y vosotros tened presente que todo el que abandone su puesto llevará el mismo castigo. Las espadas de mis arqueros le marcarán en las espaldas la cruz roja de Borgoña.

PERINET, *aparte.*

Ah! la punta de mi daga la marcará mas profunda en tu corazon: yo te lo juro.

CAPITAN, *separando los paisanos.*

Plaza al Condestable!

Se vá por el puente. Los paisanos unos le siguen, otros se van por el lado opuesto: la escena queda muy oscura: momentos de silencio.

ESCENA XIV.

PERINET, BÔURDICHON, *á la entrada del puente.*

BOURDICHON.

Ya parece que se fueron todos! Pobre Perinet.

Perinet recojiendo su ropilla del suelo donde la dejó un soldado y sacando de ella una daga.

PERINET.

Me habrán quitado mi daga? No... aqui está... Ahora ella sabrá vengarme.

En este momento dan las ocho en un reló lejano.

BOURDICHON, *desde el puente.*

Las ocho... y aun no estoy en mi casa. Bueno me pondrá mi mujer.

PERINÉT.

Pero antes... pensemos en cumplir la palabra que le dí á la Reina... Sí el Caballero está en esa prision... Cielos! la puerta se abre! (*se esconde detrás de la esquina*) que no me vean.

Salen por la puerta del Chatelet dos soldados llevando con mucho trabajo un saco de cuero cerrado, otro soldado les alumbra con un farol y se dirijen hácia el puente.

BOURDICHON, *desde el puente.*

Quién vá!

SOLDADO, *que trae la luz.*

Os diré la contraseña.

PERINET, *observando.*

Qué llevarán esos hombres!

SOLDADO PRIMERO, *á Bourdichon.*

Ahora debeis ser ciego y mudo.

BOURDICHON.

Seré lo que querais! Dios mio! qué irán á hacer?

Los soldados han colocado el saco á la entrada del puente.

SOLDADO PRIMERO.

Maldita comision para un soldado. Pero ese hombre no viene?

SOLDADO SEGUNDO.

Nuestro oficio acaba aqui.

SOLDADO PRIMERO.

Y el suyo empieza... Con que si quieres llámale.

SOLDADO SEGUNDO.

Será preciso.

Entran lentamente dos soldados en el Chatelet: el de la luz se queda en el puente con Bourdichon.

PERINET.

Esto tiene todas las trazas de una ejecucion secreta. Dios mio! qué idea! será él?.. Veamos. (*se acerca casi arrastrando y á favor de la oscuridad al puente, donde dejaron los soldados el saco; se oye un profundo jemido*) No hay duda, él es! valor! y Dios guie mi brazo!

Se arroja sobre el soldado y le hace caer de una puñalada. Bourdichon echa á correr y se mete en el Chatelet.

BOURDICHON.

Vírjen Santísima, amparadme!

PERINET.

Huid, Caballero! (*Perinet rompe el saco con su daga y aparece Bourdon pálido y desfigurado*) En la puerta de San German nos reuniremos. Huid que vienen... vos por ese lado, yo por el otro... (*corre al muelle*) La cruz á Gervasio. (*la arroja*) He cumplido mi palabra.

Huye por la calle. — El Capitan, el Verdugo y algunos soldados salen apresuradamente del Chatelet.

BOURDON, *con voz desfallecida.*

Huir! el tormento no me ha dejado fuerzas... Ah! imposible... Yo muero!

Se desmaya.

SOLDADO PRIMERO.

Se ha escapado.

CAPITAN, *á algunos soldados.*

Corred trás él, por esa calle habrá huido: (*al verdugo señalando al saco*) vosotros acabad con ese.

A una señal levantan al Caballero, le envuelven en el saco y le arrojan al Sena. Al ruido que hace se abre la ventana de la casa que está sobre el puente y aparece un vecino con luz.

VECINO, *gritando.*

Un hombre se ahoga! socorro! salvadle.

VERDUGO, *con voz fuerte subiéndose sobre el puente.*

Dejad pasar á la justicia del Rey.

ACTO TERCERO.

El teatro representa una tienda de campaña, las cortinas del fondo de la tienda están levantadas y dejan ver el campo y una barrera que divide el terreno perpendicularmente á la tienda: á la izquierda del actor un sillon y una mesa con recado de escribir.

ESCENA I.

DUPUY, GRAVILLE.

DUPUY.

La Reina consiente por fin en recibir mi embajada.

GRAVILLE.

Sí, Caballero de Dupuy, en este sitio.

DUPUY.

Y por qué no en su palacio de Crucy?

GRAVILLE.

Debiérais agradecerlo. Esta tienda destinada á las conferencias que han tenido lugar entre el Duque Juan de Borgoña y vuestro amo el Condestable, está colocada en terreno neutral, y es mas segura para vos que el palacio de Crucy, donde Isabel pudiera acordarse que fuisteis vos quien la arrestó en Vincennes.

DUPUY.

Poco duró su prision.

GRAVILLE.

Gracias al Duque Juan que se interpuso con todas sus fuerzas en el camino de Tours, y logró libertarla.

DUPUY.

Y quiénes son los que la acompañan á esta entrevista?

GRAVILLE.

Varios Caballeros de su corte, entre ellos los Señores Chatelú y Villiers.

DUPUY.

Villiers! ese traidor está ya aqui?

GRAVILLE.

Caballero Dupuy, hablad en mi presencia con mas respeto de un partidario de la Reina.

DUPUY.

Hace ocho dias que lo era del Condestable, á quien ha vendido infamemente, entregando al Duque Juan la ciudad de Pontois, y quereis que no le llame traidor?

GRAVILLE.

Caballero!

DUPUY.

No os tomeis el trabajo de defenderle... él mismo no lo haria con tanto empeño como vos: le conozco muy bien; hace gala de tal conducta: y si satisface su ambicion ó su venganza, no repara en los medios que emplea para ello... se rie de los que le desprecian cuando son sus iguales, y se venga de los que le afrentan, cuando son mas poderosos que él. Pero dejemos esto; (*mirando adentro*) si no me engaño, la Reina viene ya.

GRAVILLE, *lo mismo.*

Con efecto.

DUPUY.

Me retiro segun hemos convenido, hasta que me envies á llamar. Ya veis que me someto á todas las condiciones.

GRAVILLE.

Está bien.

Dupuy se vá por la izquierda.

ESCENA II.

ISABEL, MARIA, VILLIERS, GRAVILLE, PAJES, CABALLEROS *y* HOMBRES *de armas.*

Isabel entra pensativa y triste, Maria la sigue y detrás los demas Caballeros.

GRAVILLE, *inclinándose.*

Señora!

ISABEL.

Ha venido ya el enviado del Condestable?

GRAVILLE.

Está esperando.

ISABEL.

Que aguarde un momento, luego le hareis entrar. Ah! (*dando un suspiro y dejándose caer en un sillon*) no puedo mas! Dios mio! (*aparte*) dadme fuerzas para ocultar mi inquietud y mi dolor á todas las miradas.

Queda un momento pensativa: Maria se acerca. Los cortesanos entretanto hablan entre sí observando á la Reina.

VILLIERS, *bajo á Graville.*

Caballero de Graville, la turbacion de la Reina me sorprende; la encuentro tan demudada que casi me cuesta trabajo reconocerla. En todo el camino no nos ha dirijido la palabra ni una sola vez. Qué significa esto?

GRAVILLE.

No lo adivinais?

VILLIERS.

Cuánto tiempo hace que notais en ella esa tristeza?

GRAVILLE.

Desde el dia en que por orden del Rey fue arrestada en su palacio de Vincennes.

VILLIERS.

Pero estando ya libre...

GRAVILLE.

Otra persona prendieron aquella misma noche que no lo está.

VILLIERS.

Cómo! es posible? La memoria del Caballero de Bourdon...

GRAVILLE.

Silencio! no pronuncieis aqui ese nombre...

Siguen hablando bajo.

MARIA, *bajo á la Reina.*

Señora, volved en vos... dominad vuestra turbacion... ved que os están observando.

ISABEL, *bajo.*

Imposible, Maria, imposible! esta incertidumbre me mata... ocho dias sin verle, sin saber de su suerte, cuando su vida se halla en tanto riesgo... y Perinet que me habia ofrecido!...

MARIA.

Ah! Señora...

ISABEL.

Sí, tienes razon, no es culpa suya; habrá querido cumplir su palabra... habrá querido entrar en el Chatelet, y le habrán asesinado sobre el cadáver de mi desgraciado hijo!

MARIA.

Por Dios! Señora! no hableis asi... Perinet no ha podido sin duda salir de París, para traeros noticias del Caballero... las puertas de la ciudad están cerradas.

ISABEL, *con interés.*

Quién lo ha dicho?

MARIA.

El Señor de Villiers que acaba de llegar.

ISABEL, *levantándose.*

Cielos!

MARIA.

Calmaos, Señora.

ISABEL.

Sí, sí, ya estoy tranquila. Perdonad, Señores... (*alto á los Caballeros*) La ajitacion del camino me ha obligado á permanecer unos instantes en silencio para descansar. Baron de Villiers, vos que habeis pasado cerca de París, no sabeis nada de lo que alli sucede?

VILLIERS.

No es fácil, Señora; están cerradas las puertas de la ciudad, y no se permite salir á nadie.

ISABEL, *con interés.*

Cuándo se ha dado esa orden?

VILLIERS.

La misma noche en que os arrestaron, á consecuencia de un movimiento popular.

ISABEL.

Y toma semejantes precauciones para ocultarme ese suceso?

VILLIERS.

O tal vez, segun dicen, para ocultar alguna ejecucion importante, verificada en el Chatelet aquel mismo dia.

ISABEL.

Ah! qué decís! (*dando un grito y volviéndose á caer en el sillon*) Mi hijo! (*aparte*) han asesinado á mi hijo! Dios mio! y querian ocultármelo!

VILLIERS, *acercándose.*

Qué teneis!...

MARIA, *bajo.*

Señora!

ISABEL.

No es nada... (*levantándose y con enerjia*) nada... quereis que oiga tranquila la desgracia de mis leales partidarios sacrificados por el Condestable? Oh! Armagnac! Armagnac!.. quién vengará tanta sangre como derramas? Quién me vengará de tí?

VILLIERS, *bajo á la Reina.*

Yo!

ISABEL, *alto.*

Vos!

VILLIERS, *bajo.*

Silencio!... el enviado del Condestable...

ISABEL, *aparte.*

Oh! no quiero que mi turbacion me degrade á su vista... Quiero acordarme de que soy Reina.

ESCENA III.

DICHOS, DUPUY, GRAVILLE.

ISABEL.

Bien! (*á Dupuy que se inclina delante de ella*) Caballero Dupuy, parece que ahora no hay que recordaros como en Vincennes, que á la Reina se la habla siempre descubierto... qué me quiere vuestro dueño?

DUPUY.

El Condestable os pide una entrevista.

ISABEL.

A mí! Y piensa que me fiaré en su lealtad!

DUPUY.

Para evitar por ambas partes el recelo de una traicion, propone este mismo sitio para la conferencia. Un número de Caballeros igual al de los que componen vuestra escolta, acompañará al Condestable. Esa barrera separará á las dos escoltas, que se colocarán á veinte y cinco pasos de la tienda: un solo Caballero por cada parte guardará su entrada, y el Condestable dejará su espada y su daga para entrar aqui.

ISABEL, *aparte.*

Un solo hombre le acompañará.

DUPUY.

La Reina fijará el número de Caballeros que han de acompañarla.

ISABEL, *aparte.*

Sin armas!

VILLIERS.

La Reina hará bien en escojer á los mas fieles...

DUPUY.

Y por qué, Señor Baron? El Condestable es por ventura algun traidor? Ha entregado á los enemigos de su pais alguna plaza que le hubiese confiado el Rey?

VILLIERS, *riendo.*

Como yo, por ejemplo; no es eso lo que quereis decir?

DUPUY.

Bien hizo el Condestable cuando, el dia en que sospechando vuestra alevosía, os llamó traidor y cobarde delante de toda la corte.

VILLIERS.

Miente quien lo diga!

ISABEL.

Basta ya, Señores! os olvidais de que estoy yo aqui?... Y para cuando señala (*á Dupuy*) esa entrevista?

DUPUY.

Para ahora mismo.

ISABEL.

El Condestable está tan cerca?

DUPUY.

A cincuenta pasos de aqui, esperando vuestra respuesta.

ISABEL.

Mucho le interesa: y si me niego á la entrevista?

VILLIERS, *aparte, á la Reina.*

No hagais tal.

DUPUY, *dándola un pergamino.*

En ese caso me ha mandado que os entregue esta carta.

ISABEL, *desarrollándolo.*

A ver!.. (*mirando*) Cielos!...

VILLIERS, *observando y aparte.*

Qué será?

ISABEL, *leyendo, aparte.*

«La vida del Caballero de Bourdon depende »de esta entrevista.» (*alto á Dupuy*)—Podeis avisar al Condestable, que estoy pronta á recibirle. (*Dupuy se inclina y se vá con Graville. A su comitiva*) Dejadme sola.

Todos se retiran menos Villiers, que se queda en el fondo observando á la Reina.

ESCENA IV.

ISABEL, VILLIERS.

ISABEL, *creyéndose sola y mirando el pergamino.*

Bourdon vive aun? Será posible? Si me engañará este hombre?

VILLIERS, *alto, acercándose.*

Creo que sí.

ISABEL.

Vos aqui, Baron!.. me habeis oido?.. pero no importa: decís que me engaña?

VILLIERS.

Es muy posible.

ISABEL.

Oh! si asi fuese, daria mi vida por vengarme.

VILLIERS.

Yo me encargo de eso.

ISABEL.

Gracias, Baron... Vos tambien odiais de muerte al Condestable, no es cierto? Sé que os ha insultado delante de toda la corte.

VILLIERS.

Dos hombres debe haber á la entrada de esta tienda, durante la entrevista. Yo puedo ser uno de ellos... el otro no será temible, si se llama Saberny, Montfort ó Durgemont; porque Armagnac confia en ellos, y los tres le aborrecen á cual mas.

ISABEL.

Qué intentais?

VILLIERS.

A una señal convenida, puedo arrojarme sobre el Condestable y herirle gritando: «traicion...» y esta señal puede ser una palabra vuestra, un jesto insignificante para todo el mundo; tal... como cojer vuestro velo de manos de una camarera.

ISABEL.

Un asesinato! Ah! no! Tal vez él no se atreva á asesinar á Bourdon.

VILLIERS.

Y si Bourdon hubiera ya perecido?

ISABEL.

Oh! entonces seria yo capaz de todo. Maria me acompañará: pero sin que yo haga la señal...

VILLIERS.

Nada intentaré.

ISABEL.

Está bien.

VILLIERS, *mirando al fondo.*

Dupuy vuelve ya.

DUPUY, *entrando por la izquierda del fondo.*

El Condestable me sigue.

ISABEL.

Dentro de un momento le recibiré... voy á dar algunas órdenes á mi comitiva. El Baron arreglará entretanto con vos el modo de dar cumplimiento á las condiciones establecidas.

La Reina se retira por la derecha del fondo.

ESCENA V.

DUPUY, VILLIERS.

DUPUY, *con ironía.*

Se conoce que la Reina entiende de jueces de campo, pues ha escojido para serlo suyo, al traidor mas esperimentado que se conoce.

VILLIERS.

Caballero Dupuy, basta de insultos: ya llegará el tiempo en que arreglemos nuestras cuentas... Ahora tratemos del Condestable. Podeis, si os place, reconocer la tienda, para aseguraros de que por nuestra parte no puede haber emboscada ni sorpresa.

DUPUY.

Dios lo quiera! De todos modos os aseguro que no nos dormiremos.

VILLIERS.

La escolta de la Reina se compone únicamente de diez hombres de armas.

DUPUY.

Otros tantos acompañarán al Condestable.

VILLIERS.

Un solo Caballero quedará á la puerta durante la entrevista. La Reina me ha nombrado á mí.

DUPUY.

El Condestable ha escojido al Señor de Saverny.

VILLIERS, *aparte.*

Perfectamente! Saverny es de los nuestros. (*alto*) La Reina desea que la acompañe una de sus camareras.

DUPUY.

Está bien. Si os parece podemos dar la señal.

VILLIERS, *desde su puesto.*

Como gusteis. (*Dupuy y Villiers hacen una seña y se oye una trompeta: los dos jueces se colocan en la entrada de la tienda, apoyando la mano en la barrera que los separa. Varios Caballeros y hombres de armas de los dos partidos guarnecen lo esterior de la tienda.*) Plaza á la Reina!

DUPUY, *idem.*

Plaza al Codestable! (*la Reina y el Condestable aparecen cada uno por distinto lado, y se quedan parados á la entrada*) Y ahora, nos los jueces del campo, declaramos no haber por ninguna parte engaño ni traicion; y en prueba de ello, damos nuestra palabra y fe de Caballeros.

Se dan las manos.

ISABEL, *mirando á todos lados.*

Cómo no está aqui Maria? Señor de Graville,

recordadla la orden de no separarse de mí. (*bajo á Villiers*) Cuando me ponga el velo...

VILLIERS, *en alta voz dirijiéndose á la izquierda.*

A veinte y cinco pasos los hombres de armas del Condestable.

DUPUY, *lo mismo, á la derecha.*

A veinte y cinco pasos los hombres de armas de la Reina.

A esta voz se alejan los hombres de armas y la comitiva, y caen las cortinas de la tienda.

ESCENA VI.

ISABEL, *el* CONDESTABLE *con un pergamino en la mano.*

ISABEL, *aparte, sentándose.*

Ya está en mi poder.

CONDESTABLE, *aparte, mirándola.*

Oh! bien sabia yo que vendria! (*alto acercándose á la Reina con aire decidido*) Os doy gracias, Señora, porque habeis tenido la bondad de acceder á esta entrevista. Confieso que temia que la Reina no se acordase demasiado del dia de Vincennes.

ISABEL.

Y porque me veis aqui, creeis que lo he olvidado? Os engañais! Tal vez eso solo me haya decidido á venir. (*vuelve la cabeza hácia donde está Villiers, y la cortina se levanta de modo que vea al Baron. El Condestable está colocado de modo que no puede verle*) Despachaos, Condestable, estoy impaciente por llegar al término de esta entrevista.

CONDESTABLE.

Seré breve, Señora, y no trataré de disculpar mi conducta pasada; esperaré tranquilo la recompensa de ella, bien me venga del Rey ó de vos. Es inútil que procuremos uno y otro ocultarnos nuestros sentimientos. Yo soy vuestro enemigo, y el fuego que brilla en vuestros ojos, el temblor convulsivo de vuestros lábios, me demuestran claramente que me aborreceis. Sin embargo, la fuerza de los acontecimientos, reune á veces dos partidos opuestos... y hé aqui lo que ha ocasionado nuestra entrevista. El de Borgoña y yo, nos hemos declarado la guerra: teniendo al Rey en mi poder, que pone su firma bajo todos mis actos, la victoria es indudablemente mia; pero la alianza de Isabel de Baviera, proclamada (aunque ilejítimamente) Rejenta de Francia, puede dar al Duque Juan fuerza para prolongar la lucha: entretanto los ingleses avanzan, y bien pronto herirán de muerte á la Francia. Isabel, os convido con la paz, os suplico que abandoneis un partido, de que sois el alma y la esperanza... (*bajando la voz*) y no se verterá una sangre que os es muy preciosa. En cambio de vuestra firma en este tratado, os ofrezco la vida del Caballero de Bourdon...

ISABEL, *con ironía.*

Basta, Condestable, basta. Pensais que voy á creer en vuestras promesas? Seria preciso estar loca, tan loca como el Rey Cárlos, y... miradme bien, en mis ojos vereis ódio y desprecio, pero no locura.

CONDESTABLE, *bajo.*

Oh! dejad esas ironías para otra ocasion, Señora; Bourdon es vuestro hijo, y rescatareis su vida á cualquier precio, porque su vida es la vuestra.

ISABEL, *lo mismo.*

Sí, sí, tienes razon, es mi hijo... y mi vida... mi honra... mi trono, que tanto ambicionas... cien mas que hubiera tenido... los hubiera puesto á tus pies, diciéndote... Vuélvemele!.. Hubiera hecho esto, cuando Bourdon entre Vincennes y París, estaba aun entre la vida y el suplicio; pero despues de haberle tenido seis dias en tu poder, despues de haberle encerrado en el Chatelet, cuyas puertas son lo mismo que las del sepulcro, te atreves á hablar de devolvérmele? y aun estoy aqui y te escucho!.. (*mirando al fondo y aparte*) Cuánto tarda Maria!

CONDESTABLE.

Y quién os ha dicho que el Caballero de Bourdon ha muerto?

ISABEL.

Creiste que cerrando las puertas de París, el ay! de un hijo moribundo, no llegaria hasta el corazon de su madre?

CONDESTABLE.

Pero qué os prueba que Bourdon ha muerto?

ISABEL.

Y qué me prueba que vive?

CONDESTABLE, *con frialdad.*

Esta carta suya.

ISABEL.

Suya?

CONDESTABLE.

Mirad.

ISABEL, *despues de un momento de silencio.*

Sí, suya es... Cielos, el tormento! el tormento!.. infeliz! y te has atrevido á arrancar de sus lábios, comprimidos por el dolor de la tortura, una confesion semejante... una calumnia, porque tú sabes muy bien que lo es. Te has valido del delirio de un hijo moribundo para deshonrar á su madre! Oh! esto es horrible!.. y aun me hablas de su vida... Ah! no... Este escrito es para mí la prueba de su muerte, lo mismo que si mi hijo la hubiese trazado con su sangre... como si yo hubiese oido sus gritos... como si hubiese presenciado su suplicio... (*aparte*) No vendrá Maria!.. (*con furor*) Condestable, en vano intentais engañarme; el corazon de una madre no se engaña nunca, y el mio siente aqui entre los dos algo que me grita muerte y venganza! (*vé á Maria que con el velo en la mano abre precipitadamente la cortina y se detiene al ver al Condestable*) Aqui está por fin! (*en este momento se levanta la cortina. Villiers echa mano á su daga; Maria se acerca á la Reina y la presenta una cruz de oro. Al verla Isabel enmudece, deja caer el brazo que tenia levantado para cojer el velo y le apoya en el sillon*) Mi cruz! mi cruz! Qué iba yo á hacer!

El Condestable ha visto el movimiento de la Reina, moverse la cortina, y pasar el rostro de Villiers: echa mano á la daga, despues mira con inquietud á la Reina.

CONDESTABLE.

Isabel! he dejado entre mis soldados un hombre, cuya cabeza me responde de la mia.

ISABEL, *aparte.*

Sí, sí, no hay duda!.. es mi cruz... vive y yo iba á darle la muerte!.. (*alto*) hablasteis de un tratado... veamos... Leed.

CONDESTABLE.

«Nos la Reina de Francia; reconociendo »que un movimiento inconsiderado nos arras»tró al partido de un rebelde, declaramos aban»donar para siempre la causa del Duque Juan »de Borgoña, jurando no ayudarle mas en na»da de cuanto emprenda contra el Rey mi Se»ñor, con la sola condicion de que se ponga »en libertad, y no se vuelva á inquietar en lo »sucesivo al Caballero de Bourdon.»

ISABEL.

Y si firmo?

CONDESTABLE.

Bourdon estará aqui antes de una hora. Ya veis que ese tratado no tiene valor si por mi parte no cumplo las condiciones.

ISABEL, *despues de reflecsionar un momento.*

Oh! mi honra y mi felicidad por la vida de mi hijo!

Vá á la mesa y firma.

CONDESTABLE, *aparte.*

Ya firmó!

ISABEL, *dándosele.*

Tomad.

CONDESTABLE, *aparte, tomándole.*

Has firmado tu deshonra, Isabel!

ISABEL, *aparte.*

Una vez libre mi hijo, será nulo... yo te lo juro.

MARIA.

Ya veis, Señora, que Perinet ha cumplido su palabra.

ISABEL.

Silencio!

Suena una trompeta y se abren las cortinas de la tienda.

VILLIERS.

Los hombres de armas de la Reina!

SAVERNY.

Los hombres de armas del Condestable!

CONDESTABLE, *saludándola.*

A Dios, Señora: vuelvo á París; donde el pueblo aplaudirá mañana vuestro nombre con entusiasmo.

ISABEL, *bajo.*

Id, Condestable: (*alto y mirando á Villiers que ha hecho un movimiento*) me habeis dicho que dentro de una hora!.. id, y Dios os guarde!

El Condestable se vá con sus hombres de armas.

ESCENA VII.

ISABEL, MARIA, VILLIERS, GRAVILLE *y* CABALLEROS.

ISABEL, *á María.*

Dónde está Perinet? quiero verle.

MARIA.

No ha sido él quien me ha dado la cruz, sino un hombre que ha enviado con ella.

VILLIERS, *con despecho á la Reina.*

Con que habeis tenido en vuestro poder á vuestro mas mortal enemigo, y le dejais escapar?...

ISABEL.

Sí: no he tenido valor; me horroriza la idea de un asesinato cometido delante de mí..... supongo que no habreis dado ninguna orden en daño suyo?

VILLIERS.

No, Señora: ya que mi mano no ha podido herirle, no quiero que otro me lleve esa ventaja. Gracias á vuestro temor, ya estará lejos de aqui.

ISABEL, *aparte.*

Oh! Sí....vá á galope.... y dentro de una hora.... antes acaso.... Señores, volvamos á Crucy; (*alto á los cortesanos*) alli os daré cuenta de mi entrevista.... Caballero de Graville, qué mirais con tanta atencion?

GRAVILLE.

Un hombre que apenas se descubre al través de la nube de polvo que levanta su caballo.

ISABEL.

Por qué correrá tanto?

GRAVILLE.

Viene hácia nosotros.... mirad.

MARIA.

Ah! Señora.... s será!..

ISABEL.

Bourdon!... tal vez se habrá escapado.... Ah! si yo lo hubiera previsto!

GRAVILLE.

Se apea y pregunta por la Reina.

ISABEL.

Que venga!... que venga!

MARIA, *que ha ido á ver.*

Ah! Señora, él es!

ISABEL.

Bourdon?

MARIA.

Perinet.

Perinet cubierto de polvo y de sudor se presenta en la tienda.

ESCENA VIII.

DICHOS, PERINET.

ISABEL.

Perinet!... ven acá, mi valiente y leal servidor.... Has cumplido tu palabra. (*enseñándole la cruz*) Pide todo cuanto quieras.

PERINET, *aparte.*

Qué desgracia! Gervasio ha llegado primero. (*alto*) Señora, oidme.... oidme por Dios, un momento á solas!

ISABEL, *con inquietud.*

Qué sucede? Retiraos.

PERINET, *bajo, á María.*

Tu puedes quedarte.

Los Caballeros se van: las cortinas vuelven á cerrarse.

ESCENA IX.

ISABEL, PERINET, MARIA.

ISABEL.

Ya estamos solos, Perinet.

PERINET.

Vais á maldecirme, Señora. Os he enviado un mensaje de esperanza y de alegria.

ISABEL.

Sí.... mi cruz.... mírala: qué felíz me has hecho!

PERINET.

Debia haberos enviado mi puñal.

ISABEL, *dando un grito.*

Qué dices?

PERINET.

Bourdon ha muerto!

ISABEL.

Muerto! Dios mio! muerto! imposible! y la cruz? por qué me has enviado la cruz si ha muerto mi hijo? Ah! me has engañado! me has vendido!

PERINET.

Yo no sabia cuando le arranqué de las manos de sus verdugos.... Cuando le grité huid! oh! no sabia que no podia huir.... que el tormento le habia quebrantado todos los huesos... no sabia que el dia siguiente hallaria su cadáver en el rio!

ISABEL.

Ha muerto!... sin que yo haya puesto ningun medio para salvarle! aunque hubiera sido necesario arrojarme á los pies del Rey y confesárselo todo. Ha muerto! y su asesino estaba aqui ahora!... hace un momento!...

PERINET.

Armagnac?

ISABEL.

Sí, Armagnac.... y yo pude matarle y vengar á mi hijo con una sola palabra.... insensata! y no lo hice!... al contrario, hubiera pro-

tejido su fuga, me hubiera interpuesto delante de los puñales que le amenazaban... Oh! y creí que me volveria á mi hijo.... que no me engañaba.... ó mas bien, tú le has salvado, Perinet.... á no ser por tí hubiera despreciado sus protestas, sus juramentos.... á no ser por tí no se reiria de mi credulidad.... no se llevaria en triunfo ese tratado.... esa prueba de mi deshonra.... ah! Perinet, tú tienes la culpa de todo!

PERINET.

Lo sé, pero tal vez puedo evitar aun vuestra deshonra y vengar á vuestro hijo.

ISABEL.

Tú?

PERINET.

Sí, Reina, escuchadme: el que os entregue al Condestable dormido, indefenso.... el que abra las puertas de París á vuestros soldados, os hará sin duda mas bien que mal os he hecho yo.... y á ese le concedereis una gran merced, no es cierto?

ISABEL.

Oh! le daria la mitad de mi vida.... Pero tú no puedes ser ese hombre.

PERINET.

Yo lo seré.

ISABEL.

Cómo?

PERINET.

Mi padre es alcaide de la puerta de San German, y yo puedo abrirla á vuestros soldados.

MARIA.

Ah! tu no harás eso, Perinet.

ISABEL.

Silencio, María.

PERINET, *despues de un momento de pausa.*

Os abriré las puertas.

ISABEL.

Qué te ha hecho el Condestable?

PERINET.

Qué me ha hecho? no me lo pregunteis.... me habeis prometido una merced; cumplid vuestra promesa, yo cumpliré la mia.

ISABEL.

Habla: qué quieres? la mano de María?

PERINET.

No: hasta que me vengue no soy digno de ella.

MARIA.

Qué dices?

ISABEL.

Quiéres oro?

PERINET.

No.

ISABEL.

Honores.... nobleza?

PERINET.

Tampoco.... no sois Rejenta de Francia?

ISABEL.

Sí.

PERINET.

Teneis derecho de vida y muerte, y un sello real que puede conferir vuestro poder al portador de un pergamino sellado por vos.

ISABEL.

Acaba.

PERINET.

Necesito ese pergamino sellado concediéndome en él la vida de un hombre.... una vida con la que pueda hacer lo que quiera, y que tendré derecho para disputar al mismo verdugo.

MARIA.

Ah! qué es lo que pides, Perinet?

PERINET, *á la Reina.*

Vacilais, Señora?

ISABEL.

No, si antes me juras que esa vida no es ni la del Rey ni la del Delfin.

PERINET.

Os lo juro.

ISABEL, *escribiendo.*

Pues bien, te la concedo. «Yo, Isabel de »Baviera, Rejenta de Francia,» Me entregarás á París? «encargada por imposibilidad »mental del Rey nuestro Señor del gobier- »no y de la administracion del Reino,» Vengarás la muerte de mi hijo, no es cierto? «cedo »á Perinet Lecrec mi derecho de vida y muer- »te sobre" el nombre?...

PERINET.

Sobre el conde de Armagnac, Condestable de Francia.

ISABEL.

Ah! es para quitársela para lo que me pides su vida.... no es cierto? (*firma*) toma.

PERINET.

Gracias.

MARIA.

Qué horror!

PERINET.

Ahora, un hombre á propósito con quien me pueda concertar.... poco importa que sea noble ó villano, con tal que quiera y pueda ayudarme.

ISABEL.

María, que llamen al Señor de Villiers.... ese odia al Condestable tanto como tú.

ESCENA X.

DICHOS, VILLIERS.

ISABEL.

Venid, Baron: este jóven que aqui veis va á entregarnos las llaves de París.

VILLIERS.

Qué oigo?...

PERINET.

Podeis responderme de cincuenta lanzas?

VILLIERS.

Tengo mil hombres de armas en la ciudad de Pontois, de la que soy Gobernador.

ISABEL.

Yo me uniré á ellos con la guarnicion de Crucy, quiero ser de la jornada.

PERINET.

Pues á caballo!

Los Caballeros entran á esta voz.

ISABEL.

Señores! París y el Condestable estarán bien pronto en nuestro poder. Señores, á caballo!

TODOS.

A caballo! á caballo!

Todos desenvainan las espadas.

ACTO CUARTO.

A la derecha del espectador en las dos primeras casas la puerta de San German, siguiendo la muralla que se prolonga hácia el fondo y desaparece por detrás de la casa de Lecrec, que ocupa una tercera parte de teatro: esta casa tiene dos pisos.

ESCENA I.

LECREC, MARTA, JÁCOME *y* JENTE *del pueblo.*

Al levantarse el telon Lecrec está á la puerta de su casa, Marta dentro, Jácome y la demas jente junto á la puerta de San German dando golpes, y un centinela en lo alto de la muralla.

JACOME.

Vamos! Maese Lecrec, abrid por Cristo!

VARIOS.

Sí, sí: abrid.

LECREC.

Hasta que vuelva el Condestable nadie puede salir.

JACOME.

Siempre lo mismo! pardiez que ya dura demasiado la prohibicion.

VARIOS.

La puerta! la puerta! abrid.

CENTINELA.

El Rey! abrid al Rey y al Señor Condestable.



ESCENA II.

DICHOS, *el* REY, *el* CONDESTABLE, ARQUEROS, SOLDADOS *y* TROMPETAS.

Lecrec abre la puerta y entran primeramente las trompetas tocando, despues unos cuantos arqueros, y en seguida el Rey en un caballo blanco, llevando á su izquierda al Condestable, tambien á caballo y con armadura completa. Los arqueros y el Rey atraviesan el teatro: este sale muy abatido inclinada la cabeza hácia el pecho.

CONDESTABLE.

Qué es esto? (*deteniéndose en medio del teatro*) qué motiva esos gritos que han llegado hace poco á mis oidos? Es posible que cada vez que entre el Rey en su buena ciudad de París ha de escuchar estos ahullidos sediciosos? Heraldo! haz tu deber.

JACOME, *bajo á Marta.*

Habeis reparado que triste está el Rey?

MARTA, *lo mismo.*

Pobre hombre! parece una estátua.

HERALDO, *leyendo.*

«De orden de nuestro Rey y Señor Cárlos, »sesto de este nombre! Por cuanto de las con»fesiones de un tal Caballero de Bourdon, re»sulta que entre él y la Reina ecsistia una

»amistad criminal: por cuanto la susodicha »Señora, olvidándose de todos los deberes, »ha propuesto á nuestro buen Condestable un »tratado por el cual se obliga á abandonar á »sus nuevos aliados á condicion de que le vuel- »van sano y salvo al de Bourdon; y mediante »á que por esta cláusula del tratado firmado de »su puño, confiesa y proclama la susodicha »Señora el crímen que se la imputa: hemos »venido á resolver, validos de las personas de »nuestro Consejo, que sea despojada la suso- »dicha de su título y privilejios de Reina, dan- »do por nulos y de ningun valor sus actos »y desterrándola perpétuamente de nuestro »reino.»

El Condestable precedido del Heraldo y siguiéndole Dupuy y varios arqueros, desaparecen por detrás de la casa de Lecrec. La noche cierra del todo.

MARTA.

Vírjen Santa! la Reina desterrada!

JACOME.

Eso quiere decir que el Condestable es ahora el mas fuerte: por sí ó por no lo mejor es estarse quieto.

CAPITAN.

Eh! buena jente! El Señor Condestable ha dado la orden de que al cerrar la noche no haya alma viviente por las calles. Cada uno á su casa, sino quiere que se le trate como espía ó enemigo.

JACOME.

Vaya! que es bueno! dentro de poco no podrá uno salir de su tabuco!

El Capitan y los soldados que le acompañan van despejando la jente y desaparecen por detrás de la casa de Lecrec. Marta entra en ella mientras aquel ha ido á cerrar la puerta de la muralla, y vuelve á salir cuando se queda sola la plaza.

ESCENA III.

LECREC, MARTA *en la plaza.*

MARTA, *sentándose delante de la puerta.*

Estoy como quien vé visiones, Maese Lecrec! Pobre Señora! y ese maldito Condestable... yo no sé cómo se le puede sufrir... si todos pensaran como yo! con que á lo que veo aprobais lo que ha hecho? sois como mi marido Bourdichon, que despues de haber estado preso cuatro dias en el Chatelet, ha salido mas Armagnac que nunca. Pues no esperaba con poca impaciencia la venida del Condestable!.. ya!... ya!.. está muy creido en que le van á dar una gran recompensa, yo no sé por qué... visiones!... Buenas noches Maese Lecrec... no estais de parleta... mañana vendré á saber si habeis tenido noticias de Perinet... Siete dias sin verle!.. pero á donde anda ese muchacho? apuesto á que... vamos, buenas noches. (*al ir á entrar en la calle dá un grito y retrocede*) Dios mio! mi marido entre soldados!

ESCENA IV.

DICHOS, BOURDICHON, *el* CAPITAN *de los arqueros y* ARQUEROS.

MARTA.

A qué vienes tú aqui?

BOURDICHON.

Marta!

MARTA.

Pero qué significa?..

BOURDICHON.

Silencio!

CAPITAN.

De orden del Rey abrid vuestra puerta, Maese Lecrec.

LECREC.

Mi puerta! qué motiva esa orden?

CAPITAN.

La Reina tiene en París varios servidores fieles, y se les anda buscando.

LECREC.

Y en mi casa! nunca lo hubiera creido. Entrad, Señor Capitan, (*entran en la casa, y los arqueros se quedan á la puerta*) ya os sigo.

MARTA.

Esplícame tú...

BOURDICHON.

Silencio!

MARTA.

Mas si pensarás hacerme callar?

BOURDICHON.

Nunca he tenido esa pretension.

MARTA.

A quién andan buscando?

BOURDICHON.

A Perinet... Chit!

MARTA.

Ay Dios mio! y por qué?

BOURDICHON.

Porque al Condestable le place verle colgado cuanto antes.

MARTA.

Dios de misericordia! pues qué ha hecho?

BOURDICHON.

Una cosa que me sobrecojió tanto, que me hizo entrar en el Chatelet, donde me han precisado á decir... en fin yo no me entiendo.

MARTA.

Pero ese muchacho no está aqui.

BOURDICHON.

Toma! ya lo sé. Si asi no fuese, les hubiera yo traido?

MARTA.

Con que tú le has delatado? Maldito Judas.

BOURDICHON.

Marta! ya quisiera yo verte tumbada en una cama de cordoban, metidos los brazos en unos brazaletes de hierro, capaces de hacer ceniza los huesos. Si á mas de esto fueses sintiendo poco á poco en los pies un calor mas grande que el del infierno, antes de llegar á churruscarte, yo te juro que delatarias á tu padre y á tu madre... Sí, que la cosa es de juego!

MARTA.

Voy á avisar á Lecrec... y á decirle lo que pasa.

BOURDICHON.

Calla maldita! no me comprometas. El Condestable me ha dicho que fuera á hacerle una visita... ahora estoy en gran valimiento con él: soy Armagnac hasta las uñas... no me comprometas.

MARTA.

Es necesario que sepa Lecrec el peligro que corre su hijo.

BOURDICHON.

Marta! por Dios... punto en boca!

CAPITAN, *saliendo de la casa con Lecrec.*

Está bien, Maese Lecrec... (*á Bourdichon*) Venís con nosotros?

BOURDICHON.

Mucho que sí, Capitan. (*cojiendo á Marta del brazo*) Vamos querida mia.

MARTA.

Bien; si me llevas, vendré mañana.

BOURDICHON.

Sí, mañana es mejor.

MARTA, *bajo.*

Le diré todo.

BOURDICHON.

Bueno, bueno! (*aparte*) Si pudiera yo darte mi puesto en el Chatelet. (*alto*) Vamos amor mio!

MARTA.

Buenas noches, Maese Lecrec.

BOURDICHON.

No seas loca... es un Borgoñon... tú quieres comprometerme.

Se van con los arqueros.

ESCENA V.

LECREC, *el* CENTINELA *en la muralla, y despues* PERINET.

LECREC.

Por mas que reflecsiono no puedo dar con la causa de este allanamiento... ba! poco me importa. La conciencia nada me remuerde, y aun puedo dormir con toda tranquilidad. (*entra en su casa, cierra la puerta, coje una mesa y la pone en medio del cuarto*) Vamos allá! tambien tengo que cenar solo esta noche! (*estendiendo el mantel*) mi pobre Perinet no vendrá á hacer compañía á su anciano padre! Perinet! Dios mio! seria quizá el que buscaban esos hombres? Algo ha pasado en la plaza del Chatelet... Perinet no ha vuelto á parecer desde entonces... debí haberle preguntado á Bourdichon... para qué? es una locura tener semejantes temores... La cabeza de un pobre viejo se alarma fácilmente.

Continúa disponiendo la cena.

CENTINELA.

Quién vive?

PERINET, *por fuera de la muralla y desde muy lejos.*

Vecino de París.

CENTINELA.

Largo de ahí... ya no se entra.

PERINET, *oyéndose apenas la voz.*

Alcaide... portillo!

CENTINELA.

Bueno! él se entenderá... cargue sobre sus costillas si lo hace; pero ya está acostado y no creo que vaya á levantarse para abriros. ola! eh! Maese Lecrec... arriba!

LECREC, *saliendo de la casa.*

Qué hay?

CENTINELA.

Un vecino que está ahí abajo y quiere entrar.

LECREC.

Ya es tarde.

CENTINELA.

Eso le he dicho... pero dice que le conoceis.

LECREC.

Cómo se llama?

CENTINELA, *apoyándose en la muralla.*

Eh! buen hombre... cómo os llamais?

PERINET, *desde lejos.*

Fe... de... nos...

CENTINELA.

Cómo?

PERINET, *idem.*

Feli... sinos.

CENTINELA.

Dice que se llama Felipe de los Ursinos.

LECREC.

Decidle que voy á abrir.

Entra en su casa por las llaves.

CENTINELA.

Acercaos, buen hombre, ya van á abrir el portillo.

PERINET, *ya cerca.*

Gracias.

LECREC, *saliendo de su casa con las llaves.*

No sabia que estaba fuera de París este buen Señor. De dónde diablos viene á estas horas? Pardiez, (*abriendo el portillo*) Señor mio! que ha estado en un tris el que durmiérais fuera. (*entra Perinet*) Perinet!

PERINET.

Sí, padre mio, yo soy.

LECREC, *cierra el portillo.*

Perinet! mi hijo! De dónde vienes tan tarde? por qué no has dicho tu nombre?

PERINET.

Quise cojeros desprevenido, porque bien sabia el mucho placer que tendriais en volverme á ver. Como me fuí sin daros un abrazo ni despedirme... estaba muy de prisa... tenia que cumplir una promesa que habia hecho. Me ha cojido la noche á cuatro millas de aqui, y no he querido esperar á mañana para entrar en París.

LECREC.

Y has hecho bien; no sabes tú el contento que me proporcionas. Vamos, (*se dirije á la casa*) entra.

CENTINELA.

Es de veras un conocido vuestro?

LECREC.

Y mucho... ya lo creo.

CENTINELA.

Está bien.

Lecrec y Perinet entran en la casa y cierran la puerta.

LECREC.

Mentira me parece que estés aquí! qué triste he estado durante tu ausencia! mil temores me asaltaban á cada momento... ya ves, un pobre viejo como yo... cuando no tiene mas delicia en este mundo que su hijo.

PERINET.

Padre mio!

LECREC.

Vamos, siéntate: (*lo hacen*) tendrás apetito... estarás cansado... cuento con que pasarás aqui la noche, no es hora ya de que vayas á tu casa.

PERINET.

Sí, eso pensaba... pasar aqui la noche.

LECREC.

Tu cuarto de arriba está siempre dispuesto.

PERINET.

Mil gracias.

LECREC.

Y con su buena cama, que á fe mia la necesitas mas que yo en este momento: si asi no fuera la pasariamos platicando aqui sentados... pero qué es eso?.. no comes?

PERINET.

Si Señor.

LECREC.

Parece que estás triste y pensativo... cómo es eso? siempre estás con la cara tan alegre, y ahora... Perinet! tú me ocultas alguna cosa.

PERINET.

Nada, padre mio.

LECREC.

Bien, te creo; pero sin embargo tu ajitacion pudiera darme alguna inquietud, porque no hace mucho han venido unos soldados á registrar mi casa buscando á una persona que no han querido nombrar.

PERINET.

No temais... cómo puedo ser yo el que buscaban si hace cuatro dias que estoy ausente... y no he dado ningun motivo? desechad esos temores.

LECREC.

Perinet! El Condestable te ha castigado severamente.

PERINET.

Con que tambien lo sabeis vos?

LECREC.

Cuando te puso en manos de los arqueros no te defendiste?

PERINET.

No, padre mio.

LECREC.

Dejaste escapar alguna amenaza?

PERINET.

Ninguna.

LECREC.

Pues entonces, ánimo, hijo mio! hasta que el Condestable conozca su falta.

PERINET, *levantándose.*

Sí, ánimo hasta entonces! Gracias, padre mio.

LECREC.

Ya me dejas?

PERINET.

El cansancio del camino... permitidme que vaya á reposar un poco... no puedo tenerme.

LECREC.

Lo creo, hijo mio... has venido tan deprisa que estás cubierto de polvo y de sudor... no te detengo mas tiempo... sube arriba... toma ese candilillo y buenas noches.

PERINET.

Pues qué! no vais á acostaros?

LECREC.

Si tal... pero no te ocupes de mí... descansa y hasta mañana.

PERINET.

Buenas noches.

LECREC, *mientras Perinet sube la escalera.*

Mañana subiré á llamarte yo mismo... y será lo mas tarde posible, me entiendes?

PERINET, *en el cuarto de arriba.*

Si Señor.

LECREC, *escuchando.*

Se vá derecho á la cama, ah! (*quitando los trastos de la mesa*) estos muchachos... les abate la menor fatiga... Si el pobre Perinet se viera obligado como yo, á levantarse á mitad de la noche para abrir al Condestable cuando pasa de ronda, algo duro se le haria el oficio... tener uno que acostarse vestido... (*mete las llaves debajo de la almohada*) Cómo ha de ser! tambien el pobrecillo ha venido corriendo para verme mas pronto... (*durante estas palabras arregla los muebles del cuarto y se echa en la cama*) Quiera Dios enviarme un sueño tan tranquilo como el de mi buen Perinet.

PERINET.

Esperemos ahora... sin moverme de este sitio... para que no me delate el mas pequeño ruido. Si subiera mi padre y me encontrara aqui!.. No, nada... (*escuchando*) nada se oye abajo... cree que estoy dormido... con todo me parece que ha de figurarse que estoy en vela... y clavado en este sitio... ah! quisiera contener los latidos de mi corazon... van á delatarme. Al mas pequeño movimiento, al menor ruido se despierta mi padre y queda cerrada la puerta de San German para el partido de Borgoña... Dios mio! Dios mio! dadme valor y fuerza para llevar á cabo mi resolucion... No puedo sostenerme... todo mi cuerpo tiembla como si me llevaran al patíbulo... nunca podré moverme de este sitio... pero la noche va pasando... (*anda con precaucion hasta la puerta del cuarto, y la abre pausadamente*) Vamos! es preciso. Si me habrá oido?.. no, duerme... cúmplase la voluntad de Dios!

Baja la escalera lentamente en puntillas, apoyándose en el pasamano y conteniendo la respiracion. Al llegar al lado de la cama de su padre se apodera de él un estremecimiento convulsivo: vacila algunos momentos, y últimamente alarga el brazo, mete la mano debajo de la almohada en donde están las llaves y las va sacando con mucho cuidado. En este momento se oye la voz del centinela.

CENTINELA.

Alerta, centinelas!

LECREC, *despertando sobresaltado.*

Un hombre!

VOCES *á lo lejos.*

Alerta! alerta!

Lecrec sentado en la cama sin moverse, y Perinet de pie en el mismo puesto con las manos atrás. Los dos se miran en silencio y asombrados.

LECREC.

Perinet! tú aquí! qué buscas?

PERINET, *con voz ahogada.*

Yo!

LECREC.

Cómo es que te encuentro á mi cabecera?.. no te has acostado? Responde, responde... Por qué te quedas petrificado en ese sitio, sin voz y sin aliento? Por qué me miras con esa palidez y esa ajitacion?.. Perinet! me has engañado... tu meditas algun proyecto de venganza... Perinet, mis llaves! me has robado mis llaves!

PERINET.

Yo!

LECREC.

Sí... aqui estaban... las has robado mientras dormia... Dámelas al momento, dámelas y no te pediré cuenta del uso que ibas á hacer de ellas.

PERINET.

Aqui están, padre mio, aqui: yo las tendré... las necesito.

LECREC.

Vuélvemelas.

PERINET.

Os juro que las necesito. Me han infamado, me han infamado delante de todos como si fuera un vil esclavo. Hablé como hombre y me apalearon; callé y me apalearon tambien. Nadie me ha salvado, nadie me ha defendido: mias son estas llaves que me vengan.

LECREC.

Las llaves que he guardado fielmente durante veinte años, las esperan los Borgoñones, no es verdad? tu has prometido llevárselas, no es cierto? Entréganos París te habrán dicho, tu padre tiene las llaves; y tu les habrás respondido: se las robaré cuando duerma. Responde, Perinet... no has dicho tambien: le mataré si despierta?

PERINET.

Ah!

LECREC.

Esto debias haberles dicho... sí; era necesario preverlo, porque pudiera llegar el instante de ponerlo por obra... y ya ha llegado. Vamos pues, empuña tu daga ó vuélveme las llaves.

PERINET.

Atrás, Señor! ah! dejádmelas, dejádmelas.

LECREC.

Nunca, nunca mientras viva.

PERINET.

Apartaos, dejadme! os lo pido por Dios!

LECREC.

No ves infeliz que en vano estás acariciando el pomo de tu daga? no conoces que una mirada de tu padre te deja clavado el brazo en el pecho? No habias previsto, infeliz, hasta qué estremo habias de llegar; y es superior á tus fuerzas lo que te resta hacer. Tu padre se acercará á tí sin temor, porque el acero no saldrá de su sitio.

PERINET, *cayendo de rodillas.*

Apartaos, Señor, dejadme las llaves! dejádmelas! os lo pido por Dios!

LECREC.

Ahora de rodillas? vienes á proponerme mi deshonra, no ya con la mano en la daga, sino á mis pies, llorando como un niño? Tú dirás: qué te importa el oprobio y la vergüenza al cabo de tus años? yo tambien cargo con ella y tengo mas dias delante de mí.

PERINET.

Padre mio!

LECREC.

Yo que era tu esperanza, tu orgullo... espejo de lealtad y de honradez... te será imposible volver á pronunciar mi nombre.

PERINET.

Basta, Señor! por piedad!

LECREC.

Ahora las súplicas, los sollozos? Ah! levanta, Perinet! levanta! vale mas la blasfemia y la daga en el corazon de un anciano.

PERINET.

Vais á maldecirme, padre mio; vais á matarme; pero he hecho un juramento y es preciso que lo cumpla.

LECREC.

Y cuándo debes entregar esta puerta? Ah! que sea firme entonces tu resolucion, Perinet, porque no me moveré de tu lado, y mucho ánimo y mucha fuerza has de necesitar. (*llaman á la puerta de la casa; los dos quedan inmobles*) Quién llama?

VOZ *fuera.*

Ronda del Condestable.

LECREC.

A estas horas! qué querrá?

PERINET.

Por Dios, no pronuncieis mi nombre, padre mio!

Perinet se oculta detrás de la puerta en un rincon. Lecrec abre.

ESCENA VI.

DICHOS, *el* CONDESTABLE, BOURDICHON *y* ARQUEROS.

El Condestable y los que le acompañan entran por la calle. La escena pasa fuera de la casa, cuya puerta queda abierta.

LECREC.

Qué hay, Señor?

CONDESTABLE.

Lecrec, vais á seguir á estos hombres.

LECREC.

Yo!

CONDESTABLE.

Se os quitan las llaves de la puerta de San German.

LECREC.

Eso es afrentarme, Señor! Qué he hecho yo para merecerlo?

CONDESTABLE.

Vuestro hijo ha cometido un crímen que ha debido costarle la cabeza, y se sospecha, no sin razon, que habeis favorecido su fuga.

LECREC, *aparte.*

Mi hijo! Nada tengo ya que replicar.

CONDESTABLE, *señalando á Bourdichon.*

Este buen hombre vá á reemplazaros en la alcaidía.

LECREC.

Pero arrojarme de mi casa en medio de la noche... esperad á mañana, Señor...

CONDESTABLE.

Mucho me pesa á fe mia hacer esto, Lecrec, porque contaba con vuestra lealtad. Entregad al nuevo alcaide las llaves de la puerta, y seguid á estos arqueros.

LECREC, *aparte.*

Le matan si llego á descubrirle.

CONDESTABLE.

Vamos, qué haceis?

LECREC.

Ahí están en mi cuarto. (*Bourdichon entra en la casa y toma las llaves que están sobre la mesa, donde Perinet las ha puesto: mientras tanto continúa la escena*) Pero Señor! mi hijo!.. es el único que tengo... no querreis privarme de la única esperanza que me resta en el mundo... decid, Señor, decid...

BOURDICHON, *saliendo.*

Son estas?

LECREC, *con sorpresa.*

Sí... sí... estas son. (*aparte*) Una falta! Ah! Perinet!

CONDESTABLE.

Os compadezco, Lecrec... pero su condena no puede revocarse.

LECREC.

Si tal, Señor... porque no rechazareis á un pobre viejo que se echa á vuestros pies pidiendo perdon y misericordia... una palabra, una promesa solamente... Ah! si supieseis lo que haria una promesa vuestra... nada tiene pues que esperar este pobre padre que llora á vuestros pies? no hay piedad, ni perdon, Señor?., (*levantándose*) Caiga solo la maldicion sobre mi frente, y cúmplase la voluntad de Dios. Ya os sigo.

Se vá con el Condestable y los arqueros.

ESCENA VII.

PERINET, BOURDICHON, *el* CENTINELA *en la muralla.*

BOURDICHON, *viendo marchar á Lecrec.*

Pobre Maese Lecrec! me hace daño ver esto!.. (*entra en la casa y Perinet apaga la luz*) Calla!.. el candilillo estaba encendido hace un momento... dónde diablos podré volverlo á encender? Si mal no me engaño, arriba hay una chimenea... la escalera debe estar por aqui... (*anda á tientas*) Está oscuro como boca de lobo.

Sube.

PERINET.

Mi padre preso! Ah! si no me doy prisa van á vengarse en él.

Sube pausadamente la escalera y encierra á Bourdichon.

BOURDICHON.

Pues estamos frescos!.. la misma lumbre hay aqui que abajo... estoy lucido!.. sin luz!.. Yo no sé cómo diablos voy á hacer uso de las llaves. (*probando á abrir la puerta*) Pues esta es otra!.. el viento me ha dejado encerrado... yo no sé para qué diablos me han hecho alcaide de la puerta... si no puedo abrir esta.

Perinet se ha ido acercando poco á poco á la escalerilla que sube á la muralla: en el momento de llegar arriba se detiene á la voz del centinela que está mirando hácia fuera.

CENTINELA.

Quién vive?

PERINET, *aparte.*

Ellos son! los ha distinguido en el campo.

CENTINELA.

Quién vive?

Perinet se echa sobre él con la daga, y muere dando un quejido.

PERINET.

Pregunta quien muere. Ahora demos la señal. (*gritando*) Alerta! centinelas.

VOCES, *que se van perdiendo en la muralla.*

Alerta! Alerta!

BOURDICHON, *asomándose á la ventana.*

Quién dira que ese hombre es mas feliz que yo? Eh! centinela! quereis hacer el favor de abrirme? estoy encerrado. Vamos allá! parece que viene al momento... (*volviendo á la puerta*

y haciendo por abrirla) Ya veis, no es estraño... como uno no está acostumbrado... (*durante este tiempo Perinet ha ido á la puerta de S. German y abre el portillo, entrando Isabel y los Borgoñones en peloton y con el mayor silencio*) Qué diablos hace ese hombre? (*mirando por la ventana*) Calla! parece que no me necesitan para abrir la puerta!

ESCENA VIII.

DICHOS, ISABEL, VILLIERS, GIAC, GRAVILLE, CABALLEROS *y* SOLDADOS BORGOÑONES *que siguen entrando.*

ISABEL.

Ya estamos á Dios gracias! Al palacio de S. Pablo, Señores! Vos, Giac, os apoderareis del Rey: nada hemos hecho si no cae en nuestras manos. Vosotros, Graville y Villiers, del Condestable... marchemos todos en pequeños grupos por calles escusadas, hasta llegar á S. Pablo... Han entrado todos? Cuánto tardan! decidles que se apresuren.

BOURDICHON.

Santa Madre de los Anjeles! qué significa esto?

ISABEL.

Si hay todavia en la ciudad algunos soldados en vela, llamemos su atencion hácia esta parte, poniendo fuego á una de estas casas, en cuanto nos marchemos.

BOURDICHON, *viendo á unos soldados que entran en la casa.*

Fuego? Dios mio!.. (*gritando*) Que hay aqui un hombre vivo!

Los soldados se lanzan en su cuarto.

PERINET.

Ese hombre vive enfrente del palacio de S. Pablo, y puede conduciros.

ISABEL.

Llevadle Giac. Han entrado todos?

VARIOS JEFES.

Todos.

ISABEL, *cojiendo las llaves de las manos de Perinet y echándolas por cima de la muralla.*

Bien! Ahora nadie sale, Señores. El sol que se acerca, alumbrará nuestra victoria ó nuestra muerte. Al palacio de S. Pablo!

TODOS.

A S. Pablo!

Se ponen en marcha: algunos soldados se disponen á poner fuego á la casa, y cae el telon.

ACTO QUINTO.

El teatro representa la tienda de Bourdichon ocupando las tres primeras cajas del teatro. En el fondo una gran puerta de varias hojas, la mitad de madera y la otra mitad de vidrios, que dá á la calle y deja ver abierta un buen trecho. En la tercera caja á la derecha del actor una gran chimenea gótica, capaz de contener debajo de la campana á dos ó tres hombres: en la primera al mismo lado una ventana baja con puerta de una hoja. A la izquierda en primer término una puertecita que dá á una callejuela, y en segundo una escalera practicable que conduce al entresuelo. En las paredes hay colgados platos y jarros de estaño que indican la profesion del dueño. Al levantarse el telon es de noche, y por los vidrios del porton entra el resplandor de un incencio. Se oye á lo lejos tocar las campanas.

ESCENA I.

MARTA, *y despues* JÁCOME *y vecinos.*

MARTA, *bajando la escalera, y acabándose de vestir.*

Qué es esto, Señor? algo estraordinario sucede... no hay duda... las campanas están tocando hace una hora, y mañana no es ningun Santo de importancia... Pero calla! qué claridad! parece que han encendido una hoguera en la calle... Ay! Virjen de los Dolores... Si habrá fuego en el palacio de S. Pablo? Dios mio! tan cerca de nuestra casa... (*abre la puerta de la calle y se vé á Jácome y varios vecinos mirando hácia la izquierda, asombrados*) Qué sucede, vecinos? Compadre Jácome!..

JACOME.

Ola vecina! Es que hay fuego junto á la puerta de S. German.

MARTA.

Ay! Dios mio!.. lo sabeis de cierto?

JACOME.

Desde el puentecillo se ven las llamas.

MARTA.

Se deberia avisar á la jente de Palacio... están durmiendo á pierna suelta... no se mueve alma viviente: parece que no saben nada de lo que pasa.

JACOME.

Calla! mirad lo que viene por alla abajo... que tropel de jente!

MARTA.

Son soldados... sí, no hay duda...

JACOME.

Jesucristo, lo que veo!.. llevan en el pecho la cruz roja!.. Son Borgoñones!

VECINOS.

Los Borgoñones...

Echan á correr.

JACOME.

Sálvese el que pueda... voy á atrancar mi puerta.

Echa á correr. Se oye cerrar puertas y ventanas precipitadamente. Marta cierra la suya echando el cerrojo, y en el momento se ven brillar por entre los cristales muchos hierros de lanza. Marta se queda parada á la puerta sobrecojida de pavor, y se oyen unos fuertes golpazos hácia el Palacio y una gran griteria, entre la que se perciben las voces de viva Borgoña! á saco! á saco!

VOCES.

Viva Borgoña! á saco! á saco!

MARTA.

Ya están en Palacio! van á pillar al Rey y al Condestable... Dios mio! habrán entrado por la puerta de S. German... y mi pobre marido!.. no me queda una gota de sangre en las venas... no puedo sostenerme... (*va á sentarse en una silla que está de espaldas á la puertecilla falsa, y en el mismo momento se abre, apareciendo Bourdichon pálido y azorado, poniendo las manos en los hombros de su mujer*) Ay!

ESCENA II.

MARTA, BOURDICHON.

BOURDICHON.

Marta!

MARTA.

Cielo santo! Bourdichon!

BOURDICHON.

El mismo en carne y hueso.

MARTA.

Los Borgoñones han entrado en París.

BOURDICHON.

Dímelo tú á mí!

MARTA.

Van á matar al Condestable.

BOURDICHON.

Dios te oiga!

MARTA.

Qué estas diciendo? no eres ya de su partido?

BOURDICHON.

Si tal, por mis pecados... porque si triunfa lo menos que me hacen es colgarme.

MARTA.

Colgarte?

BOURDICHON.

Lo que oyes... te parece que faltará quien diga que he entregado las llaves de la ciudad?.. que me caiga aqui muerto si he soltado una sola... me acusarán de haber guiado á los Borgoñones, cuando sabe Dios que lo he hecho solo para evitar que me asaran como á un perro judío... por mas que diga no me creerán... dirán que soy culpable, y te dejarán viuda, pobre Marta... diera yo mis narices por hallarme en el pellejo de Maese Lecrec... le llevaron al Chatelet y ya estará libre, porque los Borgoñones han soltado todos los presos.

El fuego brilla con mas intensidad.

MARTA.

El bendito San Lorenzo me valga... mira, mira!

BOURDICHON.

Esos demonios han pegado fuego al Palacio... no habrán encontrado al Condestable, y querran freirle en su huronera.

MARTA.

El fuego puede llegar hasta aqui por el arco que se une con esos jardines... la ventana de arriba ha quedado abierta...

BOURDICHON.

Voy á cerrarla. Marta! por Dios, si llaman no respondas. Qué noche! infeliz Bourdichon! en qué berenjenal te has metido!

Sube la escalera.



ESCENA III.

MARTA *y despues el* REY *y el* CONDESTABLE.

MARTA.

Responder? Dios me libre! (*se dirije á la puerta falsa y la cierra poniéndose á escuchar*) Qué de desgracias van á suceder en Palacio! me tiemblan las carnes solo al pensarlo....

VOCES *dentro*.

Viva Borgoña.

MARTA.

Ay madre mia! parece que suenan los gritos en ese jardin... Cerremos bien la puerta...

Vá á hacerlo y se abre violentamente haciéndola retroceder asustada. Aparece el Condestable en la mayor consternacion, sin armadura y descompuesto el traje, trayendo la daga en la boca, y al Rey en sus brazos envuelto en un ropon.

MARTA, *gritando*.

Socorro! soco...

CONDESTABLE.

Silencio, ó mueres!

MARTA, *cayendo de rodillas*.

Dios mio! el Condestable!

Armagnac coloca al Rey en un taburete.

CONDESTABLE.

Sí, yo soy Armagnac... el Condestable de Francia que se fia de tí... me han sorprendido de esta manera, sin armas, en medio de la noche... traidores!... á Dios gracias he podido escapar... aqui no me encontrarán... cuidado con que me descubras!

MARTA.

Yo, Señor? ah! os juro...

CONDESTABLE.

Bien... yo te daré la recompensa que mereces.

MARTA, *aparte*.

Con eso se salvará mi marido. (*alto*) Descuidad, Señor; yo os esconderé de un modo que... (*señalando al Rey*) pero no venís solo...

CONDESTABLE.

Es un pobre viejo, que á no ser por mí iba á ser pasto de las llamas.

MARTA.

Mirad como tiembla.

REY, *con voz doliente*.

Tengo frio!

CONDESTABLE.

Atiza esa lumbre... pronto... tiene heladas las manos.

MARTA.

Al momento, Señor... voy á traer unos cuantos leños...

Se vá por la puerta falsa, y por el fondo suenan gritos de viva Borgoña.

VOCES *dentro*.

Viva Borgoña...

CONDESTABLE.

Siempre los mismos gritos! Borgoña y nada mas! los Borgoñones dentro de París!... un sueño parece... quién les ha entregado la ciudad! Qué imprudencia la mia! haberme dejado sorprender como un niño, sin sospechar que durante mi sueño velaba la traicion! Qué tardoís andan mis Armagnac! Qué hace Dupuy? ya no debe tardar en venir á socorrer el Palacio. Esperemos... aun puede remediarse todo... la joya que buscaban con mas anhelo, está en mi poder todavia... sí, aqui tengo al Rey... ah! si pudiera comprenderme... pero nada! permanece insensible á todo lo que le rodea... ni siquiera me conoce... Señor! aqui está Bernardo, vuestro buen Condestable, que os ha salvado de un inminente peligro... los Borgoñones han entrado en París, y yo os tengo aqui escondido esperando que llegue el momento en que pueda ponerme al frente de mis soldados para llevaros á la Bastilla, que es inespugnable como sabeis... Señor! no me oís?

MARTA, *entrando y cerrando la puerta*.

Ya está aqui la leña.

CONDESTABLE.

Siempre impasible y demente!... y sin embargo esa máquina inerte constituye toda mi fuerza... á Dios gracias no le ha conocido esta mujer.

VOCES *dentro*.

Viva Armagnac, viva.

Marta atiza la lumbre y el Rey se acerca estendiendo las manos para calentarse. Se oyen gritos de Armagnac! Armagnac.

CONDESTABLE.

Ah! ya están aqui!.. abre pronto esa puerta.... no tardes.

MARTA.

Ay Dios mio! no sé donde está la llave!

VOCES.

Viva Armagnac.

Siguen los mismos gritos mas cerca, y se ven

brillar los hierros de las lanzas. El Condestable corre á la puerta y la abre.

CONDESTABLE.

Aqui, Dupuy! aqui mis Armagnac?

ESCENA IV.

DICHOS, DUPUY, ROBERTO *y* ARQUEROS.

Entran precipitadamente en la casa. El Rey permanece sentado en la chimenea.

DUPUY.

El Condestable!

CONDESTABLE.

Venga una espada antes de todo, una espada... (*se la dan*) Ahora decidme, dónde está el Delfin?

DUPUY.

En la Bastilla con toda seguridad... Taneguy le ha salvado. (*bajo*) Y el Rey?

CONDESTABLE, *lo mismo.*

En salvo tambien: mirad.

DUPUY.

El Rey!

CONDESTABLE.

Callad! Todo puede remediarse... mis soldados defienden bien sus puestos?

DUPUY.

Los del Chatelet se han dejado matar antes que abrieran las prisiones.

CONDESTABLE.

Han abandonado la torre de Palacio?

DUPUY.

Todavia no.

CONDESTABLE.

Corro entonces á juntarme con mis Genoveses. Aqui dejo el Rey á vuestro cuidado... es preciso salvarle á toda costa; llevadle á la Bastilla... en la torre me encontrareis ó aqui si no puedo pasar: con pocos que me sigan basta... vaya uno sirviendo de guia para evitar los puestos Borgoñones.

MARTA, *aparte.*

Qué idea me ocurre! (*alto*) Mi marido os guiará, Señor. (*llamando*) Bourdichon, Bourdichon, Bourdichon.

BOURDICHON, *bajando de prisa.*

Qué hay? El Condestable! (*bajo á su mujer*) tú quieres enviudar!

MARTA.

Quiero salvarte.

CONDESTABLE.

Qué veo! tú aqui? qué has hecho de las llaves que te confié?

MARTA.

Señor! quemaron la casa y quisieron matar á mi pobre marido que es uno de vuestros mas fieles partidarios... ahora vereis cómo lo prueba sirviéndoos de guia y evitando que caigais en manos de los Borgoñones.

BOURDICHON, *aparte.*

Qué diablos está ensartando esa mujer?

CONDESTABLE, *á los arqueros.*

Llevad en medio á ese hombre, y al primer movimiento que infunda sospecha... ya sabeis.

BOURDICHON, *aparte.*

Sopla! á los diez pasos estamos entre los enemigos.

CONDESTABLE, *á Dupuy.*

Ya sabeis mis órdenes: cuanto antes llevadle á la Bastilla, no lo olvideis... vamos.

BOURDICHON, *señalando á la puerta falsa.*

Por aqui es mejor.

CONDESTABLE.

Vé delante.

BOURDICHON, *abriendo y aparte.*

Eso es! delante ó detrás, está de Dios que me entierran mañana.

Se van con cuatro arqueros. El Rey, Dupuy Marta y los demas arqueros quedan en la escena.

ESCENA V.

DUPUY, *el* REY, MARTA *y* ARQUEROS.

DUPUY, *á los arqueros.*

Ea! mis valientes! tenemos que acometer una empresa arriesgada; es preciso abrirnos paso hasta la Bastilla. (*se acerca al Rey y le dice en voz baja con respeto*) Dignaos seguirnos.

MARTA, *acercándose.*

No incomodeis á ese buen Señor... aqui está bien.

DUPUY.

Callad, buena mujer.

Vá á dar el brazo al Rey, y se oyen los gritos de Borgoña! Borgoña!.

VOCES.

Viva Borgoña!

ARQUEROS.

Los Borgoñones!

DUPUY.

Nos cierran el paso... y es preciso desalojarlos de él, si este infeliz (*mirando al Rey*) ha de seguirnos: corramos! (*á Marta*) atrancad bien la puerta y no abrais hasta que volvamos... nos respondeis de este hombre... á ellos! (*se vá corriendo por el fondo con los arqueros y gritando*) Viva Armagnac!

ARQUEROS, *dentro.*

Viva!

DUPUY.

A ellos.

Al mismo tiempo se oye gritar Borgoña! Marta cierra precipitadamente la puerta. Ruido de espadas. El Rey permanece sentado y deja caer la cabeza en las manos.

VOCES.

Viva Borgoña!

ESCENA VI.

El REY, MARTA, *despues* PERINET, ISABEL.

MARTA.

Qué infierno, Dios mio! han hecho bien en no llevar á ese pobre hombre... hubiera muerto al instante... (*se oyen voces dentro de viva Borgoña*) parece que los Borgoñones quedan dueños de la calle... (*llaman á la puerta*) Jesus! quién llama?

PERINET, *dentro.*

Abrid, soy Perinet.

MARTA, *corre á abrir.*

Perinet! á estas horas por aqui!

PERINET, *haciendo entrar á la Reina.*

Entrad, Señora, entrad en esta casa, estareis con toda seguridad... El palacio de S. Pablo, está ardiendo.

ISABEL.

Y si vuelven?

PERINET.

No temais. Al presentarnos huyen ó quedan muertos.

MARTA.

La Reina!

ISABEL.

Qué noche tan espantosa! No me dejes sola Perinet.

PERINET.

Aqui no correis ningun peligro. Los Señores de Villiers, de Giac y de Graville saben que estais aqui y vendrán á buscaros. Yo he hecho un juramento y tengo que cumplirlo.

ISABEL.

La muerte del Condestable?

PERINET.

La busco con ansia.

Se vá.

ESCENA VII.

El REY, MARTA, ISABEL.

ISABEL.

Y me abandona!

MARTA.

Perinet! Perinet!

ISABEL.

Callad! no griteis... puede acudir jente, y si me encuentran sola... no hagais ruido... no llamemos la atencion hácia esta parte... apagad esa luz.

MARTA.

La apagaré.

ISABEL.

No teneis otro cuarto que dé á la calle?

MARTA.

El de arriba.

ISABEL.

Subid, pues, y poneos á la ventana... si pasan algunos soldados gritando Borgoña, llamadlos.

MARTA, *sube.*

Asi lo haré.

El teatro queda en una completa oscuridad.

ESCENA VIII.

El REY, ISABEL.

ISABEL, *sentándose.*

Insensatos! haber pegado fuego al Palacio! me han privado de un asilo seguro, como si yo pudiera esponerme á combatir como ellos. Ah! cuánto tardan! Ya ningun rumor se percibe, todo vá quedando en silencio... parece una ciudad sepultada en el sueño, y sin embargo todos velan... todos menos los infelices que yacen por esas calles privados de la vida... Qué horror! Infame Armagnac! hé aqui los

efectos de tu ambicion... habrá perecido?... qué noche tan larga... nadie viene... tengo miedo...

ESCENA IX.

DICHOS *y el* CONDESTABLE *entrando por la puerta falsa y andando con dificultad: viene sin espada y herido.*

CONDESTABLE.

Logré salvarme! Son dueños de todas esas calles... infames!

ISABEL, *aparte.*

Qué es esto, Dios mio!

CONDESTABLE, *aparte.*

Aqui no hay nadie... habrá logrado Dupuy abrirse paso... si volverá?

ISABEL, *aparte.*

Parece que hablan.

CONDESTABLE, *andando á tientas y buscando donde sentarse.*

Esta herida leve no puede debilitarme tanto. Apenas corre sangre... *(llega al sillon donde está la Reina y pone la mano en el respaldo: la Reina se levanta asustada)* Aqui hay alguien!

ISABEL.

Quién se acerca?

CONDESTABLE.

Quién sois? responded.

ISABEL, *aparte.*

Armagnac!

CONDESTABLE, *cojiéndola el brazo.*

Responded! Ah! no penseis escapar... tú no eres la mujer que estaba aqui ahora poco... por qué callas? temes ser conocida?.. no respondes... (*pasando la mano por el brazo y la cabeza de la Reina*) Llevas joyas... una corona! la Reina! *(al decir esto se levanta el Rey y presta atencion)* Estoy perdido!

ISABEL *aparte.*

Cielos! en su poder!

CONDESTABLE, *aparte.*

rán aqui los Borgoñones? ó ha encontrado como yo un asilo en esta casa?

ISABEL, *aparte.*

Le habrán abierto paso sus soldados?

CONDESTABLE.

Infeliz! sola estás aqui, porque de otro modo ya estaria yo muerto.

ISABEL.

Si pudieras salir, ya me hubieras arrancado de esta casa.

CONDESTABLE.

Tus Borgoñones me lo impiden... los dos estamos esperando socorro... Ah! ven pronto Dupuy, ven pronto.

ISABEL.

Venid Graville y apoderaos de este infame.

CONDESTABLE.

Ya te han abandonado.

Oyense gritos lejanos de Borgoña.

VOCES.

Viva Borgoña! viva.

ISABEL.

Ellos son! los oyes, Armagnac?

CONDESTABLE.

Vengan, vengan pues!

Otros gritos lejanos de Armagnac.

VOCES.

Viva Armagnac.

CONDESTABLE.

Mas no serán los primeros que lleguen... has oido?

ISABEL.

Vana esperanza! ya nada se oye... el pueblo todo grita esta noche viva Borgoña.

CONDESTABLE.

Mañana gritará vivaArmagna c!

REY, *que se ha ido adelantando hasta ponerse en medio de ellos.*

Y quién gritará viva Francia?

ISABEL *y* CONDESTABLE, *retrocediendo asustados.*

El Rey!

En este momento la claridad del incendio empieza á ser mas viva, y vá aumentando progresivamente hasta el final.

REY.

No hay ya pues en este desgraciado reino mas que un pobre demente que se acuerde de la patria? todos sus hijos se han olvidado de ella? Siempre Armagnac ó Borgoña y nunca Francia! Y sin embargo corre á torrentes su sangre, debiendo yo dar cuenta de ella ante Dios, yo que no llevo en mi pecho ni cruz blanca ni roja. Insensatos! verteis esa sangre obcecados en vuestras discordias civiles, sin acordaros de que es la de mis hijos, sin hacer caso de la persona cuyo nombre constituye toda vuestra fuerza; este Rey que despreciais y teneis por juguete, despierta ahora de su espantoso letargo, y casi al borde de la tumba

viene á pediros cuenta de tantos crímenes como cargais sobre su frente. Qué has hecho de mi reino Armagnac? De mi reino que te entregué para salvarlo y protejerlo?

CONDESTABLE.

Preguntádselo á la mujer que lo ha vendido al estranjero.

REY, *á la Reina.*

Tú tambien habias jurado defenderlo.

ISABEL.

Me habeis proscrito, Señor.

REY.

Odio y traicion por todas partes. Habeis querido saciar vuestros rencores, y para satisfacerlos os valeis del hierro y de las llamas? Pensasteis, infelices, que Dios no se habia de compadecer de mi estado, y no me habia de enviar un momento de razon para ver los crímenes y el horror que circundan mi trono, y para descargar sobre vuestras frentes la maldicion del cielo? Sí, este momento ha llegado, y Dios pronuncia por mi boca la maldicion y el oprobio que ha de caer sobre vuestras cabezas y sobre vuestros nombres.

ISABEL.

Perdon, Señor...

REY.

Apartad... dónde están vuestros parciales? que vengan esos dos partidos insensatos, y veremos si en mi presencia gritan Borgoña ó Armagnac... yo les saldré al encuentro; yo débil y moribundo...

Dirijiéndose á la puerta.

CONDESTABLE.

Señor, qué vais á hacer?

REY

Atrás! dejadme libre el paso; no quiero que por mas tiempo me contamine vuestro aliento! atrás!

Se vá por el fondo: los dos quedan aterrados.

ESCENA X.

CONDESTABLE, ISABEL.

La Reina vá á seguirle y el Condestable se lo impide cerrando la puerta y agarrándola del brazo.

CONDESTABLE.

No, no saldreis! pensais aprovecharos de este corto momento de razon para ablandar con vuestros ruegos y ternezas el ódio que le inspirais? No, vive Dios! estais en mi poder, y quién sabe si para todo lo que os resta de vida: porque mañana pueden muy bien recobrar sus puestos los que ya creeis vencidos para siempre.

ISABEL.

Dejadme... socorro!

CONDESTABLE.

En vano pides socorro, nadie escucha tus gritos... todos se han olvidado de tí... yo solo estoy á tu lado; yo Armagnac... tu enemigo!

Se oyen gritos lejanos de Armagnac.

VOCES *dentro.*

Viva Armagnac!

ISABEL.

Socorro! Dios mio!

CONDESTABLE.

Escuchas? pierde toda esperanza, infeliz... son mis parciales los que se acercan, mis fieles servidores que han rechazado valerosamente á la infame chusma que queria proporcionarte una venganza.

ISABEL.

Calla! calla! hasta dónde quieres llevar la barbárie y el ultraje? Has hecho pedazos mi corazon gozándote en la muerte de mi hijo, y ahora quieres gozarte en la de su madre, infame!

CONDESTABLE.

Vanos denuestos, Isabel! estás en mi poder y tienen muy poca fuerza tus palabras para herir mi corazon.

Gritos de Borgoña! Borgoña! bastante cerca.

VOCES *dentro.*

Viva Borgoña!

ISABEL, *con alegria.*

Qué escucho!

CONDESTABLE.

Cielos!

ISABEL.

Lo oyes, Armagnac? son mis parciales los que se acercan, mis fieles servidores que han rechazado valerosamente la infame chusma que te victoreaba.

CONDESTABLE, *sacando una daga.*

Pues bien, veremos si se atreven á herirme al ver que clavan al mismo tiempo mi puñal en tu pecho.

Se ha apoderado de ella.

ISABEL.

Infame!

Borgoñones y pueblo acaban de violentar la puerta del foro, y entran en tropel gritando.

UNOS.

Muera Armagnac.

OTROS.

Muera.

ISABEL.

Deteneos, deteneos, mi vida está en manos de este traidor.

Se detienen.

PERINET, *entrando por la puerta de la derecha é hiriendo al Condestable.*

La suya me pertenece á mí. Reina, estais libre y yo vengado.

UNOS.

Viva la Reina!

OTROS.

Viva!—Viva Perinet!

UNOS.

Viva!

Las puertas las abre el pueblo.

PERINET.

Abrid bien esas puertas, apartaos. (*abren enteramente las puertas y penetra una multitud de jente que se coloca á los lados, descubriéndose en el fondo el Palacio de S. Pablo ardiendo*) Mira, Armagnac, tú señalaste mi cuerpo ensangrentado por las manos de tus arqueros, yo he quemado tu palacio y tus blasones por la mano del verdugo; gravaste en mi espalda el sello infame de la tiranía de los Armagnac, yo he gravado con mi daga en tu pecho la roja cruz de Borgoña. Odio eterno á la tiranía! Viva la Reina!

TODOS.

Viva!

FIN DE UNA AFRENTA DOS VENGANZAS.

Madrid.-Imprenta de D. JOAQUIN MERÁS Y COMPAÑÍA.